

HISTORIAS DE SUSTOS

Cuentos, mitos y leyendas
del folklore entrerriano



PROGRAMA DE EDUCACIÓN AMBIENTAL
Consejo General de Educación - Provincia de Entre Ríos



CONSEJO GENERAL DE EDUCACIÓN
Gobierno de Entre Ríos

HISTORIAS DE SUSTOS

Cuentos, mitos y leyendas del folklore entrerriano

Derechos de Propiedad Intelectual

Consejo General de Educación – Dirección de Planeamiento Educativo –
Programa Provincial de Educación Ambiental

<http://cge.entrerios.gov.ar/>
<http://www.entrerios.gov.ar/pea>
programaambiental@gmail.com

Está autorizada la reproducción total o parcial y de cualquier otra forma de esta publicación para fines educativos o sin fines de lucro, sin ningún otro permiso especial del titular de los derechos, bajo la condición de que se indique la fuente de la que proviene.

No está autorizado el empleo de esta publicación para su venta o para otros usos comerciales.

Consejo General de Educación de Entre Ríos. Programa Provincial de Educación Ambiental. Historias de sustos: cuentos, mitos y leyendas del folklore entrerriano/ contribuciones de Silvina Pugliese; compilado por Camila Magalí Fariza; coordinación general de Cristina Silvana Martínez; editado por Cristina Silvana Martínez; Camila Magalí Fariza- 1a ed compendiada.

Paraná: Consejo General de Educación de Entre Ríos, **2019**.

120 p.; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-26120-4-7

1. Literatura Folklórica Argentina. I. Pugliese, Silvina, colab. II. Fariza, Camila Magalí, comp. III. Martínez, Cristina Silvana, coord. IV. Título.

CDD 398.209



Gobierno de la Provincia de Entre Ríos
Consejo General de Educación
Dirección de Planeamiento Educativo
Programa Provincial de Educación Ambiental

Gobernador

Cr. Gustavo Eduardo Bordet

Vicegobernador

Cr. Adán Humberto Bahl

Presidente Consejo General de Educación

Prof. Marta Irazábal de Landó

Directora de Planeamiento Educativo

Mg. Adriana Wandler

Responsable del Programa Provincial de Educación Ambiental

Lic. Cristina Silvana Martínez

**Con el Auspicio del Instituto del Seguro
Provincia de Entre Ríos**



Desde hace 11 años el Concurso Provincial de Literatura Ambiental “Letra Verde” promueve, desde la escritura, una mirada valorativa del patrimonio natural y cultural en las instituciones educativas entrerrianas; a través del mismo el Consejo General de Educación, desde el Programa Provincial de Educación Ambiental, propone mejorar el desarrollo de estrategias en relación a la lectura y la expresión escrita en los estudiantes.

El eje de la 11ª Edición, “Historia de sustos. Cuentos mitos y leyendas del folklore entrerriano”, busca generar una instancia de expresión acerca de la identidad, enunciada a través de cuentos, mitos y leyendas, donde alumnos y docentes de toda la provincia de Entre Ríos son los protagonistas. El libro que se presenta a continuación es la compilación de las obras que han obtenido premios y menciones en la 11ª Edición, llevada a cabo en el 2019.

ÍNDICE

PRÓLOGO	5
CUENTOS	7
<i>Los tesoros de Aldea Brasileira</i>	9
<i>Susto en el Monte Feliciano</i>	13
<i>Susto en la escuela</i>	16
<i>Hoy por ti, mañana por mí</i>	18
<i>Juan y Pablo</i>	20
<i>El monstruo que no era tal</i>	21
<i>El misterioso ruido en el arroyito</i>	22
<i>La pesadilla de Virginia</i>	24
<i>La maldición del gato negro</i>	26
<i>Yarará noble</i>	27
<i>Las águilas doradas</i>	28
<i>La jineteada mortal</i>	29
<i>Cosas nunca vistas</i>	31
<i>Cinco de mayo</i>	33
<i>La oscuridad del monte</i>	34
<i>La historia del improbable mañana</i>	36
<i>El duendecillo</i>	37
<i>Ella</i>	39

<i>Insomnio</i>	42
<i>El misterio de los abuelos</i>	45
<i>Palacio de ensueño</i>	48
<i>La puerta al inframundo</i>	51
<i>Compañía nocturna</i>	54
<i>La niña vestida de blanco</i>	57
<i>Yu te mar te yu</i>	60
<i>“Sí, quiero”</i>	63
<i>Barco Fantasma</i>	66
<i>La Misión</i>	67
<i>Una noche en el penal</i>	71
<i>Historia de la chamarrita</i>	72
<i>Plenilunio</i>	74
<i>La curandera</i>	76
<i>Ruidolandia (cuento con sonidos)</i>	78
<i>MITOS</i>	81
<i>El mito del pindó</i>	83
<i>Un capricho de gitanos</i>	83
<i>Noche de luna llena en estancia “La Sarita”</i>	85
<i>Una historia encantadora</i>	87
<i>¡La Historia Jamás Contada!</i>	89
<i>El mito de Benito</i>	90

LEYENDAS.....	95
<i>Noche misteriosa en Entre Ríos</i>	<i>97</i>
<i>El zorro de monte.....</i>	<i>99</i>
<i>La leyenda de la solapa.....</i>	<i>100</i>
<i>La leyenda del Río Paraná.....</i>	<i>101</i>
<i>El Solitario</i>	<i>102</i>
<i>Entre Ríos tiene sus misterios.....</i>	<i>104</i>
<i>La mora</i>	<i>105</i>
<i>El amor es más fuerte</i>	<i>106</i>
<i>Frutos de Yatay.....</i>	<i>108</i>
<i>Eduardo.....</i>	<i>110</i>
<i>La leyenda del Carau.....</i>	<i>112</i>
<i>La leyenda de la solapa.....</i>	<i>113</i>
<i>La leyenda del fantasma del penal de Paraná, un preso más</i>	<i>113</i>
<i>Las siete colinas.....</i>	<i>116</i>

PRÓLOGO

La interacción del hombre con su ambiente se narra en forma de historias, cuentos, mitos y leyendas. Una historia repleta de palabras ansiosas por ser modeladas y pronunciadas, que musicalizan todo el entorno, logrando establecer puentes entre el ser humano, la realidad y la fantasía. Es así como se establece un diálogo que nace de la comprensión de la relación, de implicancia y solidaridad, entre lengua, identidad y cultura.

La Política Educativa del Consejo General de Educación, a través del Programa Provincial de Educación Ambiental, apuntala, desde la lengua y la escritura, la construcción y descubrimiento de los saberes que conforman nuestra identidad. Desde nuestra gestión, comprometida con el rol de la educación como promotora y productora de conocimiento impulsamos, a través del Concurso Provincial de Literatura Ambiental “Letra Verde”, una construcción lingüística identitaria en el estudiantado entrerriano.

Apuntalar esta construcción desde la Educación Ambiental posibilita abordar hechos materiales y espirituales, científicos y artísticos, tangibles e intangibles desde perspectivas integradoras que recuperan el carácter simbólico. Las palabras otorgan a los alumnos una forma de contar sus percepciones sobre diferentes matices sociales y ambientales, y les permiten construir y de-construir el discurso propio y del otro.

Cada sociedad humana tiene su propia mitología, recuperar la nuestra en el aula permite explicar aquellas cosas que forman parte del colectivo social. De esta forma, la temática de la 11° Edición, del concurso de literatura ambiental, “Historia de sustos. Cuentos, mitos y leyendas del folklore entrerriano”, buscó generar una instancia de expresión acerca de la identidad construida, donde alumnos y docentes de todo Entre Ríos fueron protagonistas; al decir de una estudiante y autora “...a lo largo de la historia, esas personas en la cuales Don Ortiz reencarnó, perpetúan sus palabras, llamando a los niños del barrio como gurí o gurise’ porque ninguna palabra lleva S al final... jama’!!!” (J. G., 2019).

Prof. Marta Irázabal de Landó
Presidente
Consejo General de Educación

CUENTOS

Los tesoros de Aldea Brasileira

Recuerdo que un día frío de agosto, mi mamá estaba trabajando en la ferretería “El Torni”, ubicada en Aldea Brasileira, cuando escuchó unos ruidos que provenían del piso. No les dio importancia. Pero a eso de las diez de la mañana, otra vez se oyeron unos golpecitos, y ahí sintió miedo.

A la noche, cuando mi mamá me contó lo que pasaba, sentí curiosidad y entonces el sábado por la mañana, decidí acompañarla. Eran las diez menos cinco y yo estaba con ella tomando unos mates, cuando de pronto se escucharon golpes sobre la madera, eran las diez de la mañana. Era como si alguien intentara abrir una puerta. Del miedo salimos corriendo del negocio y fuimos a la casa de la tía María, que vivía al lado. Nos dijo que debajo del negocio había un sótano, pero que estaba cerrado, hacía ya muchos años. En él se colgaban salames caseros, quesos y se guardaban las conservas, pero que al morir el abuelo Anselmo Streitemberger, nunca más se abrió.

El único abuelo que conocí fue el abuelo Celestino Lazarte, que vivió en Buenos Aires y del que tengo los más lindos recuerdos, pero del abuelo Anselmo no sabía siquiera que se llamaba así. Me contaron que el sótano era su lugar de trabajo en los días de verano, porque era fresco y seguro, incluso a veces también dormía ahí, en el más absoluto silencio. Era casi su refugio. Le gustaba bailar la polka, presumo que era divertido y le encantaba el pirok con limón, como así también los kreppels, pues le recordaban a su tierra. Muy de vez en cuando, por las tardes, sentado al sol, tomaba una cerveza hecha con el agua del río Paraná, aunque él pensaba que nada sabía igual como la cerveza hecha con el agua del río Volga, en Alemania, su tierra de origen. A la tarde del domingo me quedé pensando en ese sótano. Tenía una puerta pequeña hecha de madera, vieja y despintada. Pero

¿qué había adentro?, ¿qué eran esos ruidos? y ¿dónde estaría la llave? De pronto recordé que en casa había una llave artesanal y antigua, que nadie sabía de dónde había aparecido hacía muchos años, pero que se usaba para decorar el llavero. La agarré y fuimos con mi papá hasta el sótano. La probamos, la puerta hizo un chillido de bisagras, unos golpes muy parecidos a los que se escuchaban en la ferretería, y de pronto... se abrió. En el sótano había muchas telarañas, con arañas de todos los tamaños y pelajes, eran tan grandes que hasta se le podían ver las pestañas de los ojos. Mi papá, hombre precavido nacido en el campo, machete en mano, las mató una por una. Conectamos la luz, y vimos que el cuarto era chico, en su interior solo había tres cosas: una Biblia con pasajes escritos, un diario de viaje, que tenía cartas en su interior y una salamandra antiquísima. Mi tía dijo que se la podía llevar y esa misma tarde mi papá la instaló en mi casa. Era un frío invierno.

Mientras mis padres cortaban leña con el hacha, yo me quedé observando la salamandra, era de hierro fundido, redonda, pequeña y tenía en su frente la marca de tres llaves, que curiosamente la del medio era igual a la del sótano. Cuando mi papá abrió la salamandra, encontró en su interior dos pequeñas botellas de licor añejo y otra con un papel adentro.

A la hora de la cena justo se cortó la luz. Mi mamá abrió el papel en la mesa y a la luz de las velas vimos que tenía dibujado un mapa con un escrito que decía:

“Al que ha encontrado este mapa, le dejó las pistas, para buscar los tesoros de la Aldea. Fortuna y larga vida a la aventura. A.S.”
Todos nos quedamos callados y a modo de juego empezamos a soñar. Mi papá, con oro y plata, mi mamá, más sabia, con divertirse, mi hermanita, con monedas de chocolate y yo, con vivir aventuras. Esa misma mañana emprendimos el viaje hacia la Aldea. A veces no hace falta irse tan lejos para conocer nuevos

destinos. Fuimos una por una a las casas de los personajes más antiguos y respetables del pueblo, cuya palabra era casi la ley; la Chancha, la Carpincha, el Topo, la Burra, la Pantera, la Araña Galponera, el Titi y el Tornillo. Debo confesar que me causaban risa extrema esos apodos, pero ellos me explicaron que antes era muy común llamarse así y no por el nombre o el apellido. Igual me parecía gracioso. Yo a mis ocho años también tengo un apodo, en la escuela de fútbol del Club San José, me llaman “la guadaña”, y en cierta forma me agrada, me dicen así por la forma de derribar a los rivales.

Al ver la primera pista, todos la reconocieron enseguida, porque en el mapa figura el número romano VIII y el 32. El primero corresponde al reloj ubicado en la parte del frente de la iglesia, cuyo único error y casi imperceptible a los ojos se encuentra en el número romano IV. Mientras que el segundo número, corresponde al último fundador, que aparece en el monumento de los fundadores, realizado en su honor, o sea mi abuelo, Anselmo Streitemberger. Así fue como me enteré de que él iba a misa todos los domingos, aun cuando no había iglesia y que él ayudó a construirla, pues era muy creyente.

La segunda pista, “S. J.” pareció desconcertarlos, pero al final dijeron que se trataba de la casa parroquial, ya que esas siglas corresponden al santo San José, protector de la Aldea. En un principio, ese lugar funcionaba como escuela primaria y secundaria para todos los niños del pueblo. Mi abuelo siempre quiso estudiar, pero su dura vida en el campo no se lo había permitido. Le daba vergüenza no saber leer ni escribir, por eso cada vez que pasaba por ahí, siempre suspiraba. Sin embargo, su tozudez y su voluntad lo llevaron a aprender de grande, y cuando se jubiló ya sabía escribir y firmar con su nombre.

En la tercer y última pista no se pusieron de acuerdo. Era el dibujo de una cruz. Algunos decían que esa cruz correspondía a los

límites desde donde comienza y termina la Aldea, colocadas en cada extremo, para que el viajero de paso sepa los límites del pueblo. Los más religiosos decían que esas cruces eran para proteger a los que lo habitaban. Pero cuando el pueblo fue creciendo, en casas y gente, esos símbolos fueron perdiendo valor.

Otros decían que la cruz era por el cementerio antiguo, me pareció más acertado y fui hasta ahí. Justo a las cuatro de la tarde, como decía el número romano de la iglesia. Para mi sorpresa, no fue difícil encontrar la tumba de mi abuelo, ya que a esa hora el sol daba justo sobre ella, iluminándola por sobre las demás. Tenía una cruz de hierro forjado, en donde colgaba un letrero de madera que decía:

“Si llegaste hasta aquí es porque creíste en mí”.

La tumba estaba descuidada, así que le saqué los yuyos, acomodé su cruz, la limpié un poco y le recé, como mi mamá me había enseñado. Justo en ese momento, vi que algo atado a los pies de la cruz, empezaba a brillar. Tapada por tierra y pasto sobresalía una parte, era una botella. La levanté del suelo y la agarré con las dos manos. En su interior había pequeñas monedas de oro y plata, anillos de diamantes, pendientes de oro blanco y un papel, con el más lindo de los consejos: “Toma tiempo para trabajar, descansar y busca el tiempo para divertirse”.

Ahí lo entendí todo. Mi abuelo quería que sus descendientes lo conocieran y recordaran, los lugares por donde anduvo, por donde había soñado y vivido. Y el mapa fue para él su forma de divertirse. Era un genio sin lugar a dudas. Rebuscado, pero genio al fin.

Con el tesoro compramos gallinas, chanchos y una parcela pequeña para hacer una quinta, donde además criamos lombrices, para los días de pesca. Su tumba fue acomodada y puesta en

condiciones. Siempre hay un ramito de flores frescas sobre ella. Además le pedimos misas, en su honor, todos los domingos. Una parte de mí lo extraña. A veces voy a la ferretería y espero a que se hagan las diez. Pero solo se escucha el canto de los pájaros. Aunque ahora que recuerdo, en aquel pequeño sótano había además una Biblia con pasajes escritos y un diario de viajes, con cartas en su interior. Pero tal vez sean para otras divertidas aventuras...

Un peleador de la montaña

*Primer premio compartido | 1º - 2º - 3º Educación Primaria
Autor: Franco David Streitemberge
Esc. Primaria N° 9 Brig. Gral. Justo José de Urquiza
Departamento Diamante*

Susto en el Monte Feliciano

Juan vivía en Buenos Aires hacía ya casi tres años. Extrañaba muchísimo su lugar de nacimiento, Feliciano, en la provincia de Entre Ríos. Pero lo que más extrañaba era a su amigo Dylan, que era su favorito.

Tanto insistió a sus papás para ir de vacaciones unos días, aunque sea, que toda la familia emprendió viaje y por supuesto, la alegría de Juan era infinita.

Cuando llegaron a Feliciano, les pareció ir por el camino que recordaba el padre, pero como todo estaba tan distinto, pensaron que se habían perdido. Por casualidad, pasó una persona y le consultaron la dirección exacta adonde debían dirigirse y les indicó que estaban en el camino correcto, pero que ese monte ya no existía, que en su lugar había un gran campo de soja. Lo único que estaba era la casa. Con gran tristeza fueron allí a descansar

del viaje. Ya mañana disfrutarían de lo que quedaba de su pueblo y su monte.

Allí, Juan tenía los mejores recuerdos con su amigo Dylan, pero había sido arrasado el monte con toda su flora y fauna incluida, y solo quedaban campos de soja, que unos millonarios habían comprado hacía un par de años.

Se hizo de día, los padres y Juan desayunaron y fueron a visitar a Dylan. Juan no aguantaba la emoción. Y tanto deseaba recuperar el tiempo perdido, que los padres de Dylan sugirieron que acamparan en el campo que quedaba cerca de la casa de ambos (el ex monte) y así lo hicieron.

Esperaron pacientemente que bajase un poco el sol y se instalaron con su carpa a aguardar la noche para dormir y jugar con linternas.

Durante esa noche, les costó dormirse porque escucharon ruidos extraños y no parecían de algún animal conocido por ellos o domésticos. A pesar de ello, el sueño los venció y se durmieron profundamente.

Más tarde, en la madrugada oyeron ruidos más cercanos y claros. Parecía un hombre llorar y una especie de gato. Asustados, Juan y Dylan salieron de la carpa y no lograron ver a nada ni a nadie, solo unas sombras que no tenían forma.

Ellos se largaron a correr volviendo a la casa de Dylan, pero en la corrida se les cayó la linterna y tropezaron con algo que los tocó y los lastimó.

Cuando por fin llegaron a la casa, despertaron a los papás de Dylan y descubrieron que estaban rasguñados en las espaldas y afuera aún se escuchaba el llanto del hombre y el gato.

Muertos de miedo, todos durmieron en la misma cama y esperaron que se hiciera de día nuevamente.

Ya de mañana, fueron a la biblioteca y preguntaron en el pueblo y descubrieron que lo que les había ocurrido la noche anterior era

consecuencia del desmonte ocasionado en Feliciano y otras partes de Entre Ríos.

Ese espíritu que escuchaban llorar era el de un hombre ecologista que dedicó su vida a frenar el desmonte y ese gato era un gato del pajonal, que se había extinguido por culpa de ello.

Lo único que querían hacer era prevenir más desmontes, ya que es malísimo y ni todos los millones de pesos que se mueven por este negocio, van a hacer que su especie (ni muchas otras) se salven de la extinción, las inundaciones cada vez son más seguidas y dañinas ya que el suelo del cultivo de la soja no absorbe y se lleva casas, humanos, flora y fauna. Nadie los escuchó en vida, pero sus espíritus quedaron dando vueltas por el lugar hasta que alguien se detuvo a escucharlo y entenderlo.

Con toda esta información Dylan y Juan fueron al campo nuevamente y cuando apareció el espíritu del ecologista (Pedro era su nombre) y su gato del pajonal, ellos esta vez no corrieron. Muertos de miedo enfrentaron a los espíritus y pudieron hablar. Dylan y Juan prometieron hacer campañas de concientización para evitar los desmontes, la tala indiscriminada de árboles, bosques y selvas, a nivel nacional.

Así, estos dos niños ganaron dos amigos incondicionales quienes los defenderían cuando los millonarios quisieran hacerles daño por meterse en sus negocios.

Nehuén

Primer premio compartido | 1º - 2º - 3º Educación Primaria

Autor: Luka Demian Krenz

Esc. Primaria Nº 9 Brig. Gral. Justo José de Urquiza

Departamento Diamante

Susto en la escuela

Bairon y Florencia son dos hermanos de nueve y ocho años. Ellos van a tercero y cuarto grado en una escuela granja de una pequeña ciudad. Su casa queda al frente de la escuela y al costado hay una gran plantación de tomates.

Ese lunes cuando estaban en la clase de Educación Física, escucharon el ruido de una avioneta que los sobrevolaba. Todos miraron hacia arriba pero siguieron con la clase, ya que era algo común por esos lados. Al rato, algunos empezaron a sentirse descompuestos. La seño preocupada, empezó a llamar a los padres y al hospital. La directora hacía señas con los brazos para que la avioneta parara.

Cuando llegó el chofer de la ambulancia, preguntó qué les había pasado. Los chicos tenían ganas de vomitar y los ojos rojos.

Luego de unos momentos, apareció el señor que estaba fumigando y se acercó a hablar.

– ¿Por qué nos está tirando veneno? – preguntó la directora, muy enojada.

– A mí me pagan para que mate las plagas de las plantas de tomates, señora. Solo hago mi trabajo.

Después de discutir un buen rato, los dos se pusieron de acuerdo en que el piloto no estaba haciendo las cosas bien porque ese día había mucho viento.

Y se pusieron de acuerdo para hacer una reunión con los vecinos, los padres –que estaban muy enojados–, y el dueño del campo.

Así llegaron a un trato: no usar más agroquímicos o hacerlo con más cuidado, porque si no, todos terminarían enfermándose. Pero el dueño del campo no quedó muy conforme, y decía que querían arruinarle su negocio. Esa noche todos se marcharon bastante serios y preocupados de la escuela, donde había sido la reunión.

Los padres de Bairon y Flor, fueron los últimos en irse porque seguían hablando con una señorita.

Pasaron unos días y los chicos que habían estado intoxicados, incluida Florencia, se habían mejorado.

Pero el jueves, cuando todos llegaron a la escuela, se encontraron con una situación horrible: Loba, la mascota de la escuela, estaba muerta en la puerta de entrada. Tenía una soga en el cuello... la habían matado. Los chicos quedaron muy tristes y asustados y se preguntaban quién podría haber hecho esa maldad. Y eso no fue todo...

Luego de dos días, apareció una pared del patio pintada con sangre que decía: "Dejen de molestar o se las van a ver conmigo". Esta vez, quedaron aterrorizados y la directora hizo la denuncia en la policía.

– Quédese tranquila, señora, vamos a investigar hasta las últimas consecuencias.

La comunidad educativa sentía cada vez más miedo y los padres no querían enviar a sus hijos a la escuela.

La directora trataba de tranquilizarlos como podía, pero la situación era muy tensa y preocupante.

Un sábado por la noche, mientras ella miraba televisión en su casa, que quedaba detrás de la escuela, vio una sombra que pasaba por la ventana. En ese momento se cortó la luz. Buscó una linterna y salió al patio a mirar qué pasaba. Gritó preguntando quién andaba y alcanzó a ver a alguien que se alejaba corriendo con algo en la mano. Silvina avanzó y se cayó en un pozo. Empezó a gritar pidiendo ayuda.

Casualmente, el papá de los hermanos pasaba por el camino con su camioneta, y observó la oscuridad en casa de la directora; así que paró y se encontró con la extraña situación. Se pusieron a conversar muy nerviosos y llegaron a la conclusión de que ya

estaban sucediendo demasiadas cosas anormales, las cuales parecían tener como fin, escarmentarla a ella y a toda la escuela. Así fue como el lunes, los docentes, los alumnos y los padres junto a algunos vecinos, marcharon hasta la comisaría para pedir nuevamente que se investigara y se tomaran cartas en el asunto. Aparecieron las cámaras del canal local y el caso se hizo conocido. Luego de unas semanas, los policías descubrieron que el autor de todas las amenazas, era el dueño de la plantación de tomates, que estaba dispuesto a hacer todo lo posible para que la escuela se cerrara.

Por suerte eso no pasó y hoy los gurises siguen yendo a aprender cada día, en ese lugar que tanto quieren.

Aguará guazú

Mención especial | 1º - 2º - 3º Educación Primaria

Autora: Zaira Melina Lezcano

Esc. Primaria Nº 116 Cabo Carlos Misael Pereyra

Departamento Uruguay

Hoy por ti, mañana por mí

Había una vez, un pequeño zorro que se encontraba en el monte entrerriano. Su familia se había mudado varias veces, porque el monte estaba siendo arrasado por máquinas que destrozaban todo a su paso. Estas máquinas rompían cada árbol y cada arbusto. Las cuevas eran tapadas con tierra, el arroyo estaba lleno de piedras y los animales corrían de un lugar a otro para poder vivir. El zorrillo vivía junto a sus padres y hermanos. Él veía cómo su papá luchaba para conseguir alimento y su mamá, para conseguir un lugar libre de peligros. Cada miembro colaboraba, haciendo que todo fuera más fácil. Pero los problemas nunca

terminaban. Debían mudarse cada vez más seguido porque las máquinas cada vez eran más grandes, ruidosas y peligrosas.

Una noche, mientras todos dormían, el zorrillo quiso ayudar a su padre para conseguir alimento. Salió de su cueva y comenzó solo a recorrer los caminos oscuros. Sin darse cuenta, cayó en un pozo que habían hecho las máquinas excavadoras. Comenzó a llorar desesperadamente. Tanto, que un niño que vivía cerca del monte, lo escuchó. Salió corriendo asustado de su pequeño rancho. Caminó bajo la luz de la luna hasta donde se encontraba el indefenso animalito. Con mucho cuidado, bajó y rescató al zorrillo. Este nunca tuvo miedo. El animal sintió el amor y el respeto con que el niño se dirigió hasta él. Logró sacarlo y lo dejó al costado del camino para que pudiera regresar con su familia. Mientras esperaba, observó a su alrededor. Notó la tristeza en el lugar, árboles secos y rotos, pastos quemados, tierra gris... ¡El monte estaba perdiendo su vida! Regresó a su hogar muy triste, pero con mucha esperanza. Él sabía qué hacer. Ayudar al zorro le dio las fuerzas para detener la situación.

Al otro día, les contó a sus compañeros de clase y a su seño. Muy enojados pero dispuestos a cambiar este problema, salieron en busca de las autoridades. Lograron reunirse con el intendente, le contaron el caso y debido a la gran cantidad de preocupación de estos niños, el jefe de gobierno logró detener el desmonte.

Los niños lograron salvar la vida de cada ser vivo del monte, entre ellos, al pequeño zorrillo que ahora vive feliz y tranquilo junto a su familia.

Porotito

Mención especial | 1º - 2º - 3º Educación Primaria

Autor: Adriel Giovanni Schvindt

Esc. Primaria Nº 9 Brig. Gral. Justo José de Urquiza

Departamento Diamante

Juan y Pablo

Había una vez dos niños que eran compañeros de grado, eran muy traviosos y siempre estaban pensando travesuras.

Todas las tardes, luego de terminar la escuela, se juntaban a jugar, eran inseparables, pero una tarde soleada de otoño, Juan y Pablo salieron de la escuela y de camino se pusieron de acuerdo en encontrarse en la plaza.

Tomaron sus bicicletas y salieron a pasear, a Juan se le ocurrió ir a la granja del maestro y romper las frutas y verduras, ya que ellos no comían eso porque decían que no era nada rico y bueno.

Llegaron a la granja y comenzaron a pisotear las verduras y a tirar piedras a los árboles frutales, agotados de tantas travesuras regresaron a sus casas y quedaron en volver.

Al día siguiente volvieron a juntarse y partieron hacia la granja, de camino juntaron una bolsa llena de piedras para romper todo lo que encontrarán.

Llegaron al lugar y comenzaron a realizar su cometido, pero esta vez sería diferente.

Cuando Pablo arrojó piedras al árbol, este le respondió tirándole naranjas, el mandarino arrojó mandarinas y el manzano, sus manzanas más grandes.

Luego no muy contentos quisieron pisotear las verduras, pero también se llevaron un susto, fueron atacados por la lechuga, los rabanitos y la espinaca.

Aterrados por lo que había pasado salieron corriendo del lugar, de pronto en el camino a casa se encontraron con una anciana que estaba cruzando la calle y llevaba con ella dos pesadas bolsas, le contaron lo sucedido, sin saber que dicha anciana llevaba frutas y verduras consigo.

Los niños la ayudaron a cruzar la calle y cargaron las bolsas hasta llegar a la casa de la anciana, en agradecimiento, ella les ofreció

unas deliciosas manzanas, eran bien rojas, brillantes y muy tentadoras.

A la mañana siguiente al encontrarse comenzaron a gritar, ya que Pablo tenía cabeza de rabanito, brazos de zanahorias y pies de batata y Juan tenía cabeza de naranja, brazos de banana y pies de frutillas.

– ¿¿Qué nos habrá pasado?? ¿¿Quizás fue la anciana?? ¿¿O la mañana??, –se preguntaban los niños.

Rápidamente se dirigieron a la casa de la anciana, pero... se llevaron una sorpresa, la casa no existía, en su lugar había un tenebroso cementerio.

Todos en el pueblo se reían de ellos por cómo habían quedado, los niños no sabían qué hacer, muy arrepentidos de sus travesuras se sentaron en un banco de la plaza y se pusieron a llorar, en voz baja cada uno pedía perdón. Fue entonces que una fuerte brisa los envolvió y los niños volvieron a ser como antes.

Desde esa tarde, Juan y Pablo dejaron de hacer travesuras y le ayudaron al maestro a cuidar la granja disfrutando todos los días de ricas frutas y verduras.

Rapunzel

*Mención especial | 1º - 2º - 3º Educación Primaria
Autora: Daiana Kemmerer
Esc. Primaria N° 9 Brig. Gral. Justo José de Urquiza
Departamento Diamante*

El monstruo que no era tal

En Entre Ríos había un monte llamado “La Paloma” que era muy tenebroso por su gran arboleda. Y además se sabía que allí habitaba un monstruo llamado Usnai, a quien no le gustaba que la gente ingresara, ya que él consideraba que ese monte era suyo.

Un día de muchas tormentas eléctricas y lluvias intensas, se inundó el monte. La inundación se llevó consigo árboles, plantas y todo lo que encontró a su paso.

Un niño que habitaba en las cercanías de dicho monte, llamado Tobías, no se percató de la tormenta que se avecinaba y siguió jugando escondido en el Monte hasta que se asustó por los fuertes truenos y decidió emprender marcha hacia su casa. Corrió y corrió, asustado, pero sin querer quedó atrapado entre unas ramas que habían caído por la tormenta.

En eso, Usnai escuchó ruidos y sollozos, se acercó a ver qué era lo que ocurría cuando se dio cuenta de que un niño se había atascado entre su monte, aunque se enojó un poco porque nadie tenía que estar allí, él dejó de lado su enojo y fue a ayudar a Tobías. Pero el nene estaba muerto de miedo y no sabía si aceptar la ayuda o no, hasta que finalmente le dio la mano al monstruo y desde ahí se hicieron grandes amigos y toda la gente de alrededor del monte podían disfrutarlo porque Usnai entendió que esta vez, el pueblo entero quería conservar dicho lugar y no iba a terminar siendo un campo de cultivo.

Gran soldado

*Mención especial | 1º - 2º - 3º Educación Primaria
Autor: Bautista Tomás Bournissen
Esc. Primaria N° 9 Brig. Gral. Justo José de Urquiza
Departamento Diamante*

El misterioso ruido en el arroyito

Un día de primavera, de sol radiante y cerquita del Río Paraná, el niño Miguel decidió ir a pescar a un arroyito próximo a su casa. Preparó su caña de pescar, el balde, las lombrices y un recipiente

con torta rusa que le hizo su abuela y emprendió una caminata silbando bajito.

¡Qué podía pasar! Era el día ideal para disfrutar de la naturaleza. Caminó por una senda, que tenía muchos árboles y arbustos, espinosos y retorcidos, hasta que finalmente llegó al arroyito.

En un momento y en absoluta concentración de pesca, Miguel escuchó un ruido extraño a sus espaldas: “Sch..., sch..., sch..., sch..., sch..., sch...”. Él miró hacia atrás y nada... Solo los fieles árboles y arbustos que custodiaban el curso de agua. Pero no le dio importancia y siguió pescando, hasta que de pronto...

¡EUREKA! Sacó la primera mojarrita, desbordaba de felicidad y más aún porque nunca había sacado una.

Ya era casi el mediodía y decidió comer la torta rusa de su abuela, pero inesperadamente, cuando dirigió su mirada hacia la comida no estaba más... había desaparecido mágicamente.

Por un instante, dejó su caña de pescar y se puso a buscar; observó por un lado, por otro... y nada. Ningún rastro de sus alimentos.

Miguel comenzó a caminar entre los arbustos y los árboles, espinosos y retorcidos, y de repente escuchó otra vez el ruido: “Sch..., sch..., sch..., sch...”, pero esta vez acompañado de otro ruido, como si alguien intentara abrir un paquete...

Se acercó más y más..., y con mucho cuidado, hasta que de pronto encontró el gran misterio. ¡Quién lo hubiera imaginado!, era un pequeño carpincho (capibara) hambriento que intentaba abrir la comida de Miguel. Pero, ¿por qué el ruido “sch..., sch..., sch...”? Cuando el niño se acercó al animalito, vio en sus patas traseras, una bolsa que estaba enredada, al punto que lo estaba lastimando e impedía que caminara por el monte.

Miguel se le aproximó y lo ayudó a liberarse. Cuando esto pasó, el carpincho (capibara) no se movió, se quedó a su lado como si fuera su mascota, haciéndole compañía a su nuevo amigo que lo

había salvado de algo tan terrible para él y tan insignificante para nosotros, los humanos.

El niño, en ese instante, comprendió el daño que la sociedad causa con una bolsa arrojada en un lugar tan sano y de pura naturaleza.

Finalmente, ambos caminaron hacia el arroyito, Miguel abrió su recipiente y le convidó con un trozo de su torta, mientras él siguió pescando, en compañía de su nuevo amigo fiel, el carpincho.

Belu

*Mención especial | 1º - 2º - 3º Educación Primaria
Autora: María Belén Barón-Güeli
Esc. Primaria N° 9 Brig. Gral. Justo José de Urquiza
Departamento Diamante*

La pesadilla de Virginia

Había una vez una niña llamada Virginia, que fue a su escuela caminando como todos los días. En la hora de ciencias naturales, su maestra daba la clase sobre la fauna de su provincia, Entre Ríos. Explicaba que nuestra fauna era muy rica y cada animal que la señora mencionaba, Virginia lo imaginaba en su mente, soñando con estar entre ellos, viéndolos correr libremente, alimentarse.

Es así como les contaba que en nuestra zona hay muchas aves que abundan en la provincia, ellas son: las cigüeñas, las garzas, las bandurrias, los cuervillos y las espátulas que viven en ríos, arroyos y lagunas junto con patos, vigués, cisnes, pirinchos, cardenales, el urutaú, el martín pescador, el biguá y el carpintero.

La clase finalizó con una hermosa exposición de cómo debemos cuidar nuestro ambiente para preservar la fauna y la flora de

nuestro lugar. Desde separar la basura, no arrojarla en los cursos de agua naturales como los ríos o arroyos, reciclar, cuidar el agua. Cuando llegó a su casa, se puso inmediatamente a contarle todo lo aprendido a su familia. Les contaba muy entusiasmada a sus hermanitos Emilia y Felipe sobre los animales. No paró de hablar del tema en todo el día. Cuando regresó del trabajo su papá, Virginia les volvió a contar todas las historias y el listado de animales que habían nombrado a la mañana en su escuela.

Su papá, sonriendo y en broma, le dijo: – ¡Virginia, te vamos a tener que traer algunos de esos animales a casa para que los cuides en el patio! – Me encantaría – respondió ella.

Luego de la sobremesa jugaron los tres hermanos y después de su habitual cepillado de dientes, sus papás les contaron un cuento y se durmieron. Algo ocurrió, porque de repente comenzó una tormenta y aparecieron un carpincho, una yarará, un surubí y una iguana que se metieron por la ventana de la habitación. Ella y sus hermanos estaban abrazados en su cama, ya que los truenos y los animales en la habitación les daban mucho miedo. Trataban de espantarlos para que se fueran, pero los animales se quedaban allí. Virginia gritaba llamando a sus papás, pero no venían. Hasta que en un momento sintió que alguien la sacudía y sacudía. Cuando pudo abrir los ojos, se dio cuenta de que eran su mamá y su papá los que estaban a su lado tratando de despertarla...

¡porque todo había sido una pesadilla! Así que Virginia ya más tranquila, se reía contándoles a sus padres todo lo que había soñado. Más tarde, se durmió nuevamente. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Margarita

*Mención especial | 1º - 2º - 3º Educación Primaria
Autora: Lara Pasacal Safenraiter
Esc. Primaria Nº 9 Brig. Gral. Justo José de Urquiza
Departamento Diamante*

La maldición del gato negro

Esta es la historia de un grupo de amigos al que le gustaba ir a acampar, un día decidieron emprender una nueva aventura...

¡IRÍAN A VALLE MARÍA!

Después de tantos preparativos y de tener todo organizado emprendieron el viaje, ni bien salieron se les cruzó un gato negro y desde ese momento cosas extrañas les comenzaron a suceder.

Todo inició con un corte de ruta, decidieron tomar un desvío y se metieron por unas hectáreas recién sembradas donde el dueño no muy contento les disparó unos tiros al aire para que se asustaran... ¡y realmente lo consiguíó! A partir de ahí, decidieron continuar a pie para pasar desapercibidos entre los altos cultivos, pero no lograron engañar al enorme pit bull de dientes filosos. Mirando el lado positivo, los ayudó a llegar velozmente al lugar donde pensaban acampar.

Para ese entonces ya había anochecido, por lo que debieron apurar el montaje de la tienda y después de tenerla armada fueron a buscar ramitas secas para hacer el fogón. Entre las ramas encontraron un libro que les dio mucha intriga, así que decidieron levantarlo y llevarlo para entretener su larga noche.

De regreso a la carpa encendieron el fuego para hacer unos ricos malvaviscos, fue recién ahí que descubrieron que no traían con ellos la mochila de la comida... ¿algo más podía pasarles? De todas maneras, esto no iba a arruinarles la aventura.

Se acostaron y se pusieron a leer el interesante libro de "Historias espeluznantes" que solo lograron asustarlos más; cada ruido, respiración, movimiento, brisa y todo sonido lograba pararles un poco más los pelos.

Luego de esa interminable noche, con los ojos como huevos fritos, juntaron sus pertenencias para comenzar el regreso, fue entonces que se les atravesó un hermoso gato blanco...

¿Cambiará su suerte?

Edea

Primer premio | 4º - 5º - 6º Educación Primaria

Autora: Juana Dellacasa Kuchen

Colegio Priv. N° 173 Paraná High School

Departamento Paraná

Yarará noble

Había una vez una yarará que no tenía familia, la habían expulsado de la cueva en donde vivía porque se negaba a cazar, no conocía la maldad, su corazón era noble.

Cierto día, mientras pensaba qué haría para acabar con su soledad, se le ocurrió la idea de conseguir un amigo con quien hablar. Entonces fue hasta un pequeño monte donde una familia de ciervos tenía su casa. Cuando la vieron llegar salieron todos huyendo porque imaginaron que se los quería devorar.

La yarará se puso muy triste porque a todos aterraba con su presencia y sabía que así no encontraría jamás un amigo.

Mientras se retiraba de aquel lugar escuchó gritos que venían del pequeño monte, era la familia de ciervos que estaba en peligro por un puma hambriento que se había acercado hasta ellos.

La yarará se lanzó hacia el puma y le mordió una pata, después de un rato y como no daba más del dolor, el animal se alejó de allí muy dolorido.

De repente los ciervos mayores salieron de los arbustos y comenzaron a charlar con la yarará y enseguida se dieron cuenta de que su intención había sido salvarlos de una muerte segura.

La serpiente fue invitada a convivir con ellos. Desde ese día, su soledad se convirtió en una fiesta, los ciervitos saltaban alegres a su alrededor celebrando la llegada de su nueva amiga. De esta manera y para siempre, Yarárará conoció el amor de una familia.

Moraleja

Mención especial | 4º - 5º - 6º Educación Primaria

Autor: Tadeo Joaquín Schmidt

Esc. Nº 105 Patria Libre

Departamento Paraná

Las águilas doradas

En aquel cementerio de animales, en el que se decía que los animales resucitaban en el día de los muertos, ingresaron tres curiosos adolescentes al amanecer del día de los difuntos.

Recorrieron los diferentes sectores del cementerio y al excavar y abrir las tumbas para investigar, los astutos animales se despertaron de su profundo sueño. Poco a poco, se fueron transformando en hermosísimas águilas con increíbles alas doradas y comenzaron a volar en la espléndida noche.

Los adolescentes sacaron de sus mochilas tres tenebrosas gomeras para tirarles a las hermosas aves. Éstas rápidamente fueron en busca de la solapa para darles una lección a los jóvenes. Las águilas y la solapa prepararon un plan y fueron a solicitar ayuda a la viuda negra y al viejo de los tarros.

Una vez ideado el plan, regresaron al cementerio. Cada uno tenía una misión especial. Al viejo de los tarros mucho no lo convencía esto de asustar a los adolescentes, por lo tanto, no se esforzó demasiado. En cambio, la viuda negra los corrió por diferentes pasillos, hasta que los jóvenes se cruzaron con la solapa que les arrulló extremadamente fuerte.

Los adolescentes paralizados de miedo pidieron ayuda y corriendo hacia la puerta principal intentaron abrirla sin éxito. Hasta que apareció silenciosamente y con pasos tranquilos el viejo de los tarros, quien les abrió el pesado portón, consiguiendo escapar de esta loca travesía.

Peque

Mención especial | 4º - 5º - 6º Educación Primaria

Autora: Martina Albornoz

Colegio Priv. Nº 89 Manuel Belgrano

Departamento Victoria

La jineteada mortal

Un domingo soleado, unos criollos se pusieron a organizar una jineteada, uno se llamaba Santiago y el otro, Atahualpa.

Cuando la jineteada se estaba preparando todos los “Golafsqui” se reunieron y la familia entera decía –qué lindo olvidarse de la tecnología por un rato–.

– ¡Empezó la jineteada! –anunció por el parlante, el maestro de ceremonias.

Santiago y Atahualpa estaban listos para domar sus caballos. Mientras que iban pasando los minutos y las horas, el cielo se empezó a nublar, se puso negro, encapotado. A ellos no les importó. La jineteada seguía, el campo seguía apto.

Al pasar una hora se largó a llover fuerte, haciendo que todas las familias se protegieran debajo de algún que otro lugar.

Los hermanos se dieron cuenta de que sus caballos –con las anteojeras puestas y muy asustados por el temporal– estaban muy nerviosos porque ellos presienten más que los humanos cuando las cosas no están bien.

Los dos hermanos salieron corriendo bajo la densa lluvia y desataron los caballos del palenque y los dirigieron al galpón.

Un rayo cayó a unos cincuenta metros y el ruido estremeció a todos.

El caballo de Atahualpa con las anteojeras puestas estaba aturdido por el estruendo y tratando de escapar, se tropezó en un barranco y cayó a una laguna cercana al predio. Una vez que la tormenta pasó, el cielo se abrió y la jineteada pudo proseguirse.

Atahualpa fue a echar un vistazo para ver dónde estaba su caballo y no pudo sacarse de la cabeza la imagen de éste con su testa hacia abajo sumergida en el agua: su caballo estaba muerto.

Llegó la tardecita y la jineteada terminó. Dieron los premios a los ganadores de la accidentada jineteada y cada uno volvió a su vida diaria. Luego de una breve charla y una ducha caliente, todos se fueron a dormir.

A la mañana siguiente “el Santi” se tuvo que ir a trillar el campo de su padre y Atahualpa se quedó solo y angustiado, tanto que se fue a conversar con el caballo que quedó con vida y cuando se estaba yendo vio una sombra junto al único que tenían y se le detuvo el corazón, ya que el segundo caballo tenía la cabeza hacia abajo como el que se la había quebrado en la laguna.

Fue corriendo hacia su casa y se tapó con las frazadas de su cama y llamó a Santiago, pero como no había mucha señal en el campo no pudo comunicarse con su hermano.

¡El caballo traspasó la ventana con la cabeza doblada! Atahualpa muerto de miedo, pero con mucho coraje, le dijo al caballo:

– ¡Yo sé lo que quieres! ¡Una domada, en tu memoria, y que yo te monte!

En la próxima jineteada, Atahualpa se anotó para domar a su caballo, todos lo miraban raro, en silencio y no decían nada.

Hizo su doma como nunca antes, como no había jineteado antes, jera él y su caballo sin cabeza, al que nadie veía, solo él y Santiago!

Desde ese día Atahualpa es llamado el “jinete sin cabeza”, convirtiéndose ambos en “una leyenda del lugar”.

Cuenta la leyenda que todos los domingos de jineteada, algunos pocos jinetes, Atahualpa y Santiago, lo ven deambulando, brioso y fuerte, por los campos de Entre Ríos.

*Primer Premio | Ciclo Básico Educación Secundaria
Autor: Marcos Damián Monges
Esc. Secundaria Nº 7 Héroes de Malvinas
Departamento Uruguay*

Cosas nunca vistas

Había sido un día muy intenso de viaje, muchas curvas y contracurvas, alturas y bajadas pronunciadas, donde había colectivos que debían esperar abajo porque no entraban dos vehículos en la ruta. Todo era marrón, todo era polvo, menos el cielo, el sol y las nubes. Estábamos cruzando la Cordillera de los Andes. Íbamos despacio pero seguros: las mulas conocían el camino y sus lugares de descanso. Así y todo, se respiraba algo muy raro en el ambiente. Los cóndores volaban muy bajo y se nos acercaban como queriendo decir algo. No queríamos preocuparnos, pero algo ya comenzamos a temer y cada uno empezó a pensar en buscar un refugio cercano, en lo posible, con agua y luz.

Sabíamos que no era mucho, pero si algo nos pasaba, solo nos encontrarían con un helicóptero, ya que estábamos muy alto y sin señal de ninguna clase. Paramos un rato porque la caravana de mulas se detenía de a ratos a pastar y a beber, y nosotros

dependíamos de ellas. Nos llamó la atención que de a una, las mulas comenzaron a acostarse en el suelo y a apoyar sus cabezas sobre la tierra. Era inminente que algo sobrenatural se nos acercaba. Y solo de guarida teníamos unos cactus, olivos secos, piedras y muchas montañas.

El cielo se empezó a quedar oscuro y eran las doce del mediodía, cada vez estaba más oscuro y de golpe se hizo de noche. Empezamos a escuchar el galope de muchos caballos, pero no eran, eran ruidos en el cielo. Se iluminaba, se apagaba, y así muchas veces. No eran rayos, eran estrellas, meteoritos, cometas y muchas luces. Lluvia de estrellas, así lo vivimos.

Las montañas temblaban, vibraban, y de ahí, tanto ruido. Las mulas estaban muy asustadas pero permanecían inmóviles ante tan raro espectáculo de sonido, luces, astros y naturaleza. Era como que al cielo lo hubieran tapado de golpe, no sabíamos qué pasaba pero deseábamos que acabase rápido. Parte de la otra excursión había quedado más arriba y no sabíamos cómo estaba porque era tal el ruido a galope y a piedras que no nos escuchábamos entre nosotros.

La tierra empezó a vibrar cada vez más hasta que sentí un fuerte dolor en mi cabeza y no recuerdo nada más. Me desperté lleno de tierra, con los lengüetazos de un perro que llevaba sus ovejas con su pastor. Él me explicó lo sucedido:

– Están todos a salvo, hubo un movimiento de tierra muy brusco donde las grietas gigantes hicieron que varios cordones montañosos se desintegraran como talco.

El cielo oscuro produjo una lluvia de estrellas que no tenía fin, y caían en la tierra. Una piedra, debido al terrible viento, había golpeado mi cabeza.

De quince mulas que nos guiaban solo quedaron ocho, porque el resto se las había llevado el viento quién sabe dónde. El resto de los turistas fuimos rescatados sanos y salvos, con mucho miedo y

mucho que contar durante nuestro cruce en mula por la interminable Cordillera de los Andes.

Manu

*Mención especial | Ciclo Básico Educación Secundaria
Autor: Manuel Díaz Torres
Colegio Priv. N° 162 Nueva Escuela Acuarelas Siglo XXI
Departamento Concordia*

Cinco de mayo

El cinco de mayo de 1957, el sol parecía brillar con todo su esplendor en Villa Hernández. Era domingo y la gente se dirigía a la iglesia para cumplir con sus obligaciones morales. Dos niñas pequeñas, de la familia Páez, Victoria y Josefina, de ocho años, salieron corriendo para poder ocupar los primeros asientos de la parroquia. Mientras corrían, no advirtieron la presencia de un carro que las chocó. Las niñas fallecieron en ese instante y el corazón de sus padres se destruyó por completo. Esta pareja pensaba que nunca más se repondría por lo que les había sucedido, pero el destino les tenía reservado algo. Pasaron cinco años de aquel trágico hecho cuando la pareja se enteró de que el cinco de mayo de 1962 serían padres nuevamente. Así llegó Marian a la vida de este matrimonio, llenándolo de felicidad y de amor. Sin embargo, cuando tenía tres años comenzó a hablar fluidamente y sus padres se dieron cuenta de que la pequeña actuaba como si tuviera una hermana y recordaba con detalles la vida pasada de sus hermanas difuntas. Tenía las mismas costumbres y siempre jugaba con alguna de ellas. Marian siempre susurraba como si hablara con alguien y decía conocer lugares mágicos a los que solo ellas podían acceder. Sus padres creían que era algo de la niñez y que en la adolescencia esto iba a cambiar.

Sin embargo, esta situación no cambió ya que Marian no quería salir de su casa, porque aseguraba que solamente era bella mirándose frente a frente con su hermana. Acaso ¿habría olvidado su propia individualidad? Marian había enloquecido. Su madre lo comprendió el día que encargó un vestido en el que cupieran juntas las dos hermanas. Marian, al ponerse el vestido, insistía en que también allí estaba su hermana. Pero la madre trataba de convencerla de que allí no había nadie. En ese momento, por primera vez, la joven sintió que su hermana no estaba a su lado, que nadie llenaba la manga del vestido. Marian se lo quitó y deambuló desnuda por toda la casa buscando a su hermana. Se sentía mareada, no escuchaba a su madre. De repente vio un papel que brillaba sobre la mesa y lo leyó. El mismo decía: “Marian Páez padece un trastorno de esquizofrenia. Cree que tiene una hermana gemela desde que nació. Imagina que una parte de ti es ficticia y que todos lo saben menos tú”.

Kim

*Mención especial | Ciclo Básico Educación Secundaria
Autora: Milagros Clementin
Esc. Secundaria N° 5 Dr. Sabas Z. Hernández
Departamento Nogoyá*

La oscuridad del monte

Con mi familia vivimos en el campo, en un lugar rodeado de montes espesos, llenos de vegetación típica de la zona como son los espinillos, los matorrales, los Algarrobos y las enredaderas de pasionaria se trepan en los árboles haciendo más tupida la vegetación.

En el lugar hay gran cantidad de bichos como zorros, comadrejas, serpientes y gran variedad de aves como, por ejemplo: pirinchos, loros, cardenales y muchas más.

A la luz del día es fácil recorrerlos, pero en la oscuridad de la noche se ve más oscuro todavía, más enmarañado, como si fuera un lugar impenetrable.

Una noche de invierno, de esas noches eternas y más oscuras que nunca, lloviznaba y el frío traspasaba cualquier abrigo, ¡calaba hasta los mismos huesos! Había un silencio tan grande que podía escuchar mi propia respiración.

Yo estaba solo, tranquilo, oyendo las noticias que daban en la radio cuando de repente un grito horrible aturdió el silencio. Me asomé a la ventana y miré en todas las direcciones posibles y nada de nada, los perros ladraban enfurecidos y no paraban de hacerlo. Me quedé en la ventana, detrás de la cortina, mirando en la dirección en que los perros ladraban y por ahí alcancé a ver una luz rara que se desplazaba, a lo lejos, en el monte.

No sé si por el susto de aquel grito tan feo, es que me pareció ver una sombra muy alta, con una especie de machete en la mano y que arrastraba algo muy pesado por entre los árboles. Me imaginé muchas cosas... tranquilé las puertas y ventanas para asegurarlas y cuando me volví a asomar por la ventana, una luz me alumbró directo a la cara; me tiré al piso y me quedé quieto; alguien intentaba abrir la puerta, el miedo me había dejado inmóvil.

– ¡Abrí la puerta, Agustín, que ya llegamos! –con voz tranquila y segura me dijo mi papá.

Como solemos decir por estos pagos... “me volvió el alma al cuerpo”. Era mi familia, a la que se le había roto el sulky y llegó con el caballo de tiro y antes de lo previsto.

¡¡Qué alivio sentí!!, me apuré a abrirles la puerta y a recibirlos.

Quizás fue solo mi imaginación o tal vez en la oscuridad del monte algo pasó, como tantas otras veces, como cuentan los sabios viejos del lugar. ¡Quién sabe!

Mención especial | Ciclo Básico Educación Secundaria

Autor: Marcos Esteban Vanerio

Esc. Secundaria N° 7 Héroes de Malvinas

Departamento Uruguay

La historia del improbable mañana

No todos conocemos la historia del principio de la humanidad. Muchos dicen que sucedió en Entre Ríos, un lugar totalmente abandonado, desolado hace años. Otros dicen que nacimos de polvo de estrellas, y otros, que somos parte de la gran creación de Dios. Varios han escuchado la verdad, unos más veces que otros. Hay algunos que solo conspiran y dicen saber lo que no saben, o creer lo increíble. Pero cómo el ser humano fue evolucionando según su manera de pensar, de sentir, crear, prosperar, es algo que tiene el valor suficiente como para ser explicado a generaciones futuras. Es literalmente, lo que somos.

Pero, a la vez, pocos saben cómo llegamos a este punto, esta forma de vida, este comienzo del final.

Día tras día, año tras año, el ser humano sigue cometiendo el mismo error, el prestarle poca atención a cosas simples pero sustanciales que nos brinda nuestro único hogar, la Tierra. En lugar de hacer eso, su interés está basado en la tecnología, en cosas nuevas, proyectos grandes, en adaptarse para sobrevivir, el cómo vivimos ahora y no el cómo viviremos mañana. Una sociedad utópica podría llamarse, a la vez indescifrable.

Todos sabemos que nada prevalece para siempre, nuestro planeta no es la excepción. Sin embargo, pocos tienen en cuenta que si no

mantenemos nuestro planeta en condiciones seguras, no habrá un futuro asegurado para próximas generaciones. Seremos un olvido del universo, nuestro legado estará perdido, y nuestras expectativas, deshechas.

La Tierra, en algún momento, dejará de ser vida, y pasará a ser lo opuesto. Destrucción, caos.

Es así como la historia de la humanidad cambiará abruptamente hacia su final, siendo éste cercano, incierto, remoto, algo que no nos gustaría pero que pronto llamaríamos la historia del improbable mañana.

Es posible que para que ese último día llegue, ya hayamos desaparecido de la faz de la Tierra hace mucho tiempo...

Valen

Mención especial | Ciclo Básico Educación Secundaria

Autora: Valentina Galeano

Colegio Priv. Nº 162 Nueva Escuela Acuarelas Siglo XXI

Departamento Concordia

El duendecillo

“Hay que tener cuidado con el duende del parque, chicos, nunca vayan a la hora de la siesta porque los puede llevar”. Eso empezó a decir una amiga de mi mamá hace unos días. Yo no le creo. Pero Luna, su hija, dice que es verdad, que ella lo vio y da mucho miedo. Yo, en cambio, no le tengo miedo, en realidad no le temo a nada, así que no creo que un duendecillo me espante. Antes de todo esto, yo iba todos los días a ese parque, allí hay muchos árboles, yo tengo mi favorito, siempre lo escalo, no muy alto porque mamá no me deja. Lo puedo reconocer muy fácilmente porque está al lado de las hamacas. Pero, de un día para el otro, mamá no quiso que fuéramos más. La verdad es que no sé por

qué, pero creo que mamá le tiene miedo al duende. Eso es raro, ¿no? que un grande le tema a un duendecillo. Como decía, yo a Luna no le creo nada, así que hoy con ella y mis otras amigas vamos a ir al parque. Nos escapamos en el mejor momento, cuando nuestras mamás habían empezado a hablar mucho. Estábamos caminando hacia allá, cuando vimos pasar una máquina muy grande que se dirigía hacia el parque. Cuando llegamos, vi lo peor, estaban talando los árboles, estaban a punto de talar MI árbol, fui corriendo hacia él y grité:

– ¡Alto!, es mi árbol. No lo pueden tocar.

– Niña, debes moverte, la máquina podría lastimarte –dijo un señor alto y con un casco amarillo en la cabeza.

– ¡María!, ven ya para acá –gritó mi mamá. En cuanto la vi, salí corriendo hacia ella, estaba muy asustada. La abracé. Cuando me di vuelta, la máquina estaba a punto de talar mi árbol, pero de repente, se detuvo.

– Jefe, la máquina no funciona, no enciende.

– A ver, salí de acá, bueno para nada –cuando el señor intentó encenderla, no funcionó–. Oh, ¿qué pasa con esto? Unos segundos después, se escuchó un ruido muy fuerte, como una explosión y empezó a salir humo del aparato.

– Oh, diablos, ¿ahora qué pasa? –dijo el señor muy enojado. Al final, todos los hombres se fueron, no pudieron talar más árboles así que no tenían nada que hacer aquí. Durante la noche, estaba por ir a dormir, cuando alguien tocó la ventana de mi habitación. Me acerqué hacia ella y vi una nota pegada que decía: “Niñita, ¿ahora crees en mí?”

Vale

*Mención especial | Ciclo Básico Educación Secundaria
Autora: Valentina Coronel
Colegio Priv. N° 162 Nueva Escuela Acuarelas Siglo XXI
Departamento Concordia*

Ella

Ya pasaron algunos años desde aquel verano que cambió nuestras vidas, mi vida. Puedo recordarlo con total claridad, parece algo tan reciente, pero fue hace tanto... Fue mi último verano en mi pueblo, "San José de Feliciano". Para cualquier persona es un pueblo tranquilo, sereno, sin historias para contar, pero pocas personas conocemos la verdad.

Todo se remonta al verano de 2010, caluroso e insoportable como ninguno, un verano tan raro y único que no da lugar al olvido. Tal vez te cueste creer o imaginar todo lo que voy a contar, pero no soy la única que lo vivió y de verdad no te deseo que tengas que vivirlo para creerlo.

Éramos jóvenes muy curiosos, con ganas de disfrutar de nuestras vacaciones de verano. Habíamos finalizado el secundario y se nos venían grandes responsabilidades, por eso queríamos que fuese un verano para el recuerdo.

María y Esteban eran mis mejores amigos y hacíamos todo juntos. Un día, caminando por el parque, se nos ocurrió ir a la casa que queda cerca del Hospital. Nos pusimos de acuerdo y nos organizamos para ir. Llevamos desde linternas hasta galletitas por si picaba el hambre.

Todavía sigue marcada esa fecha en mi memoria, cómo olvidarme o confundirme si nuestras vidas cambiaron para siempre ese 12 de enero, uno de los días más calurosos del verano.

Eran las veintidós y treinta, estaba esperando a mis amigos. Como siempre, María fue puntual, pero Esteban llegó quince minutos más tarde de lo acordado.

Entre chistes tontos y risas comenzamos a caminar hacia la casa, sin miedo ni ningún tipo de preocupación. Al llegar nos mirábamos para ver quién ingresaba primero, fue en vano porque entramos

por atrás porque las puertas y ventanas del frente estaban trabadas.

Al entrar no había nada raro, era como me lo imaginaba, una casa como cualquier otra, pero llena de tierra y cosas tiradas. Obviamente no había electricidad, por ende nos movíamos con linternas, siempre juntos y sin separarnos. Ya habían transcurrido quince minutos y nos estábamos aburriendo de ver solo muebles y polvo, hasta que de pronto una brisa fría hizo mover una de las cortinas. No voy a negar que nos dio un buen susto, pero lo que no sabíamos era que justo en ese momento iba a comenzar nuestra pesadilla.

Nos mirábamos aterrados, pero nos reíamos para no pensar en el miedo. Cada vez se hacía peor, se escuchaban ruidos extraños, la horrible casa se convirtió en una especie de laberinto, no podíamos salir de ella y quienes nos estaban acompañando no querían que nos marchásemos.

Tratábamos de mantener la calma, respirábamos hondo y seguíamos, de todas formas no teníamos otra opción. Lo más increíble era que ahí dentro hacía frío, nada parecía real, fue como estar dentro de un cuento de Stephen King, cada segundo interminable nos enloquecía, no teníamos noción del tiempo, los relojes no funcionaban y para completar solo nos quedaba una linterna con batería cargada, las otras dos dejaron de funcionar.

Entramos a una habitación, parecía la de una niña, había muñecas (muy feas, por cierto), también vimos fotos en blanco y negro. Esteban se puso a mirarlas detenidamente y se dio cuenta de que en todas aparecían dos nenitas, pero detrás de las nenitas había algo negro que no se alcanzaba a distinguir. Junto con María nos pusimos a analizarlas, cuando de repente se escuchó un estruendo, como si alguien o algo hubiese derrumbado una pared. Muertos de miedo hasta los huesos, fuimos hasta donde creímos que se había producido el ruido. No había más que una sombra

que formaba la figura de una persona. Estaba ahí, inmóvil, como si nos estuviese observando. Los tres nos agarramos de las manos y pedíamos que todo se acabara; pero lamentablemente nada acabó, las cosas inexplicables siguieron pasando. Veíamos cómo una silla iba de un extremo al otro de la habitación, la sombra seguía ahí, quieta, sin inmutarse. Se escuchaban platos y vasos desde lo que suponíamos que era la cocina, podíamos oír cómo se partían en cientos de pedazos contra el piso.

Entre tantas cosas que estaban sucediendo dejamos de prestarle atención a la sombra, no nos dimos cuenta de que ya no estaba. Por unos minutos hubo silencio, un silencio tan tenebroso pero al fin y al cabo, era silencio. Aprovechamos y seguimos buscando una salida, pero fue inútil. Giré la cabeza y vi una sombra, era esa cosa, de nuevo. Estaba al lado de la cruz que se encontraba clavada en la pared. Poco a poco la sombra se fue transformando, cada vez se veía más humana, lo hizo hasta parecer una mujer que con su dedo nos señaló algo detrás. Al darnos vuelta vimos a dos niñas con el cuello roto, ante eso, mantener la calma estaba fuera de nuestro alcance. María lloraba desconsoladamente, Esteban parecía petrificado.

Contamos hasta tres y cerramos los ojos, nos sentamos en el piso, volvimos a contar pero esta vez hasta diez, siempre con los ojos cerrados. Yo les dije:

– A la cuenta de tres, los abrimos.

Al hacerlo, había más personas a nuestro alrededor: estaba la mujer con las dos niñas, un anciano, un niño y un hombre. Estaban juntos, parecían una familia. Se pusieron en fila y nos indicaron la salida. Era todo tan increíble pero cierto. Una gota de calma nos inundó al ver abierta una puerta. Corrimos hacia ella pero la mujer se puso enfrente. De pronto Esteban pegó un grito, al segundo María también, después sentí un ardor en la mano y fue inevitable

no gritar. Bajé la mirada y tanto mi mano como la de mis amigos estaban sangrando.

La mujer ya no estaba, salimos y resultó que era la puerta del frente. Nuestros relojes volvieron a funcionar, eran las tres y cuarto de la mañana, pero eso ya no nos interesaba.

Los tres teníamos la misma herida, tan idéntica como dolorosa. Todo se volvió tan raro camino a casa, estábamos tan impactados y aterrados que no había palabras, no podíamos explicar lo que había pasado.

Esa noche fue la última vez que hablé y tuve contacto con mis amigos. María, el 12 de enero de 2013, se quitó la vida en el patio de su casa, dejó una nota donde decía que ya no soportaba ver a la mujer por las noches.

De Esteban se sabe que el 12 de enero de 2015 intentó suicidarse pero lo vieron, ahora está internado en un hospital psiquiátrico.

Y yo, bueno, acá estoy, con una copa de vino en una mano y en la otra un lápiz, dejando así plasmada esta pesadilla. Hoy 12 de enero de 2019 todavía la sigo viendo, sé que viene a buscarme. Elijo creer para no enloquecer, elijo verla para quedarme.

Doncella

Primer premio compartido | Ciclo Orientado Educación Secundaria

Autora: Yasmín Elizabeth Martínez

Colegio Priv. N° 78 Instituto San José de Feliciano

Departamento Feliciano

Insomnio

Era un sábado a la madrugada, estaba en mi habitación, aburrida, y el insomnio habitaba en mí, entonces decidí salir a caminar por las calles de mi barrio en busca del sueño. Recorrí la San Luis, la Córdoba, la Estados Unidos, pero el sueño me resultaba esquivo.

Tomé la decisión de seguir recorriendo un poco más, si era necesario recorrería todo Feliciano hasta lograrlo.

Miré mi reloj, eran las tres de la madrugada y yo seguía caminando. De pronto el cielo se llenó de nubes, la luna y las estrellas desaparecieron, cantaban los gallos, ladraban los perros y las calles se cubrieron de niebla. Yo seguí caminando, sola, en busca del sueño. De la nada me encontré con una niña, me detuve y la miré. Ella me miró y sonrió. Continué mi camino sin preguntarle nada, pero unos instantes después me percaté de que ella caminaba detrás de mí. Yo avanzaba con la vista fija en el suelo. Por el rabllo de mi ojo derecho pude ver que ella pronto se puso a mi lado, el corazón me latía aceleradamente, mis manos temblaban, no hice nada, solo seguí caminando.

Caminamos juntas cuatro cuadras, en un momento pensé que si apuraba el paso ella se cansaría y dejaría de seguirme, entonces lo hice, pero ella iba al mismo ritmo que yo. Caminamos, caminamos y caminamos hasta llegar a una calle bordeada de árboles que la volvían oscura, entonces me detuve, la miré y vi que ella estaba llorando. Sentí una brisa fría que recorrió todo mi cuerpo dándome escalofríos. El miedo se apoderó de mí. Con voz temblorosa le pregunté por qué me había seguido. Ella solo me miró sin responder nada.

Seguí caminando, ella también reanudó la marcha. Al llegar a la esquina de la cuadra me detuve una vez más y le hice la misma pregunta, tampoco respondió. Desesperada, le pregunté quién era y ella con una voz que me sonó angelical me respondió:

– No me dejes sola.

Instintivamente comencé a correr y a pedirle que se quedara, que no me siguiera, pero ella seguía junto a mí, llorando y repitiendo:

– No me dejes sola.

Yo continué sin detenerme, sentía que me faltaba el aire, que mis piernas no podían seguir, estaba aterrorizada.

De pronto encontré un paredón enorme, decidí esconderme detrás de él. Crucé un alambrado, un pastizal húmedo y me quedé ahí en silencio, casi sin respirar. Unos instantes después escuché un llanto del otro lado de la vieja pared.

Con las piernas temblando y un nudo en la garganta me asomé por uno de los extremos y vi a la niña recostada contra la pared. Sus trenzas se habían desarmado, su vestido blanco estaba rasgado y sus zapatos, embarrados. Aunque presa del miedo, no pude evitar sentir pena, entonces lentamente comencé a acercarme a ella, y cuando estaba por tomarla del hombro para preguntarle quién era me gritó:

– ¡Te dije que no me dejaras!

Angustiada, le pregunté por qué me estaba siguiendo, por qué no había elegido a otra persona. Mientras caminaba hacia mí, solo me respondió:

– Nunca voy a dejarte en paz.

Comencé a correr de nuevo buscando una calle iluminada, correría hasta que se hiciera de día, estaba decidida a no parar y a no mirar atrás. Corrí y corrí sin detenerme unas veinte cuadras hasta que vi una casa con la luz encendida y con su puerta abierta. Golpeé las manos pero nadie atendió. Golpeé por segunda vez y tampoco salió nadie. Empujé el portón que también estaba abierto y entré gritando, pedí socorro pero nadie me respondió. Recorrí la casa en busca de ayuda, noté que los muebles estaban cubiertos de polvo y que había telarañas en el techo. Sin dudas, el lugar estaba abandonado. Salí a la calle nuevamente.

Caminé de regreso a casa, faltaban pocas cuadras para llegar cuando noté la presencia de la niña detrás de mí. Nuevamente empecé a correr por la San Luis, la Córdoba y la Estados Unidos, gritaba pidiendo auxilio pero nadie parecía escucharme. La luz del día no llegaba y la noche parecía ponerse más oscura, esa tortura parecía no tener fin. Seguía corriendo, no sentía mis piernas,

terminé tropezando con unas piedras del ripio. Traté de levantarme pero no pude, cuando volví a intentarlo, la niña me tomó del brazo, me tiró hacia abajo haciéndome caer. Yo le pedía que no me hiciera daño, ella solo me miró y estalló en una carcajada siniestra. De su vestido ya harapiento sacó un cuchillo y comenzó a decirme que yo había sido una mala amiga, que la había dejado sola. Yo seguía suplicándole que no me hiciera daño pero no me escuchó. Con una fuerza que no parecía de este mundo, clavó el cuchillo en mi pecho y luego comenzó a cortar mi rostro. Sentí que me moría.

No sé cuánto tiempo pasó, cuando abrí mis ojos, la luz del sol me iluminó. Se acercó una señora y luego más y más gente. Alguien llamó una ambulancia. Unos enfermeros me alzaron en una camilla y me llevaron al hospital para curarme.

En el hospital, un policía me tomó declaración para conocer lo sucedido y comenzar una investigación. No me dijo nada, pero por su rostro noté que no creyó ni una sola palabra de todo lo que le conté.

Cuentista

*Primer premio compartido | Ciclo Orientado Educación Secundaria
Autora: Ethel Tiziana Naiara Monzón
Colegio Priv. N° 78 Instituto San José de Feliciano
Departamento Feliciano*

El misterio de los abuelos

Esto sucedió en un pueblo llamado Estación Sosa, en la casona “Los abuelos”, en la cual vivían Aurora y Gervasio. Los dos estaban allí desde que se habían casado, hacía muchísimos años, siempre estaban sentados debajo de un árbol de ceibo, lo adoraban,

llevaban sus sillones y tomaban mate hasta tarde. Pero a veces se sentían solos.

Aurora, la abuela, dijo:

– Viejo, ¿por qué no llamamos a nuestros hijos, para que nos traigan a Pedrito y María, y al Juan y los demás? Esos gurises nos alegrarían los días.

Y de repente escucharon una bocina:

– ¡Gervasio, fijate quién es! –el pobre viejo salió al tranco largo y empezó a gritar:

– ¡Vieja, vieja, vení, el Señor te escuchó: los gurises llegaron!

¡Qué felicidad la de esos abuelos!

En su primera noche, los primos muy contentos, empezaron a hacer un fogón enorme con ramas de árboles secos que el abuelo les había indicado de dónde juntar. En eso justo andaban, cuando Marcos, un niño del pueblo que los conocía desde muy pequeños, también se arrimó al lugar y empezaron a contar cuentos, algunos chistosos, otros de miedo. Así pasaron buen y largo rato.

Minutos más tarde, Pedro, el nieto mayor, escuchó un raro ruido y preguntó:

– ¿Qué ruido es ese, abuelo?

– Ese es el espíritu que anda en la casa –contestó el viejo en tono de chiste.

Los gurises ya estaban un poco asustados por las historias que habían contado, pero curiosos como eran, le pidieron al abuelo que les hablara del famoso espíritu. Gervasio no quiso hacerlo para no generarles más miedo.

María, la nieta menor, también escuchó un ruido raro, y les propuso a su hermano y primos investigarlo, porque la tenía muy asustada. La nena dijo:

– ¿Será un espíritu?

Los gurises se miraban unos a otros.

– Juguemos a las escondidas –gritó Juan.

Los más grandes estaban obsesionados en ir a buscar al supuesto espíritu. Esa noche, doña Aurora y don Gervasio estaban tan cansados que se fueron a dormir y los gurises aprovecharon a recorrer la casa, que era larga, con muchas habitaciones y una galería a medio techar.

De repente se apagaron las luces. Pedro les pidió que se sentaran mientras él buscaba una vela. Los demás, con mucho miedo, gritaban y sentían que se movían las sillas, mesas y lámparas y escuchaban ruidos raros.

María temblaba y muy asustada preguntó:

– ¿Será el espíritu?

Ya eran las doce de la noche y un fuerte viento comenzó a golpear las ventanas. Uno de los niños dijo:

– ¡No tengamos miedo, sigamos! –pero una voz ronca lo interrumpió. Todos se abrazaron y gritaron.

Juan encontró una puerta que nunca antes habían visto pero que se dirigía al sótano de la casa y los chicos decidieron bajar alumbrándose con lo que quedaba de la vela encendida que habían encontrado. Una sombra muy grande se les apareció, iba de un lado para otro. Entonces Pedro, sin demostrar el miedo que sentía y como el mayor de los primos, decidió preguntarle si era real. La voz ronca les contestó que sí y ellos salieron corriendo.

A la mañana siguiente, Aurora les preparó mate cocido con leche y pan casero que había amasado muy temprano y vio que todos estaban muy callados alrededor de la mesa.

– ¿Qué les pasa a mis gurises? –les preguntó.

Nadie contestaba, pero ella advirtió el miedo que tenían.

– Vayamos a sentarnos debajo del ceibo, que con el abuelo les queremos contar algo.

Bajo la sombra del viejo árbol, la abuela comenzó:

– Con el abuelo compramos esta casa sin saber que muchísimos años atrás aquí había un cementerio –con los ojos muy abiertos

sus nietos escuchaban atentos—. Pero con el pasar de los años nos hemos acostumbrado a vivir sin tener miedo, aquí crecieron nuestros hijos, los padres de ustedes, y nunca tuvieron miedo a pesar de que se decía que se escuchaban y se veían espíritus.

Pedro preguntó:

– Pero... abuela, ¿cómo pueden vivir junto a ellos?

Con tranquilidad, la abuela le respondió:

– No les damos importancia y dejamos que ellos anden libremente, nunca nos hicieron daño. Vimos que ustedes estaban muy interesados en investigar y tuvimos que contarles la verdad. Casi sin miedo, casi, los gurises prometieron a sus abuelos no buscar más ningún espíritu y disfrutar cada minuto que estuvieran en esa casa. Pero la curiosidad de gurí puede volver en la próxima visita a “Los abuelos”.

Lola

Mención especial | Ciclo Orientado Educación Secundaria

Autora: Stella Maris Ruiz Díaz

Esc. Secundaria N° 59 Toma Nueva

Departamento Paraná

Palacio de ensueño

Una vez, un frío y ventoso día de invierno se transformó en un día movido, con sucesos extraordinarios y experiencias únicas. Todo ocurrió en el conocido Palacio Arruabarrena.

Un señor, serio y tranquilo, partió en un viaje de negocios que tomaría parte en la ciudad de Concordia. Había llegado temprano en la mañana a la terminal, por lo que, después de un viaje hasta el centro, tomó un desayuno en una confitería cercana y se quedó admirando la belleza de la plaza Urquiza, con sus hojas caídas por el piso en el frío paisaje, mientras se hacía la hora de la entrevista.

Mientras hacía tiempo, conoció a un chico medio pálido y con un pelo rubio claro, abrigado con un sobretodo colorido. Era muy activo y sus personalidades chocaron, ya que uno era más sereno, pensativo y el otro estaba cargado de la energía que caracterizaba a un adolescente. El chico entró en confianza con el señor y le contó historias de la ciudad, conectándolo con la cultura del lugar. Cuando se hizo la hora, el hombre partió hacia la reunión y acordó con él en verse una vez que terminase.

Finalizada la entrevista, el hombre salió del lugar y se contactó con el joven. Este le dijo que estaba en el Palacio Arruabarrena, ubicado frente la plaza donde habían estado anteriormente. El hombre se dirigió hacia allí y se reencontró con el chico.

Una vez ahí, se dispusieron a mirar el lugar y admirar todo lo presente. Siguiendo su recorrido, llegaron al piso más alto donde, según el muchacho, había visiones fantasmales. Al estar ahí arriba sintieron un frío repentino, más pesado que el que estaba afuera y una sensación de que los observaban. Miraron para todos lados y no encontraron nada, pero al mirar al lado de un mueble antiguo encontraron un brillo raro. Ese brillo era un picaporte puesto en la pared, con un dibujo de un asteroide, llevando a ningún lado. Se sorprendieron cuando vieron esto, ya que pensaron que nadie en su sano juicio pondría un objeto así ahí. Al terminar de inspeccionar el objeto escucharon un ruido al otro lado del cuarto y vieron cómo un jarrón se tambaleaba, como si alguien lo hubiera lo chocado. El instinto de los dos fue diferente; el del hombre fue revisar qué había causado eso, y el del chico fue huir despavorido del lugar. Acordaron en quedarse ahí. El chico acató la orden del señor y siguieron lentamente a ver qué o quién había sido el causante del ruido. Al acercarse, tuvieron una clara vista del ruidoso ser, era un zorro caminando en dos patas. Otra vez los pensamientos de ambos se dividieron. El mayor se fascinó y el menor, incrédulo de sus ojos, se quedó petrificado. Aun así, los

dos concluyeron en algo, eso que vieron era extraordinario, para nada común. Pero lo más sorprendente no había llegado aún. El animal, algo torpe al parecer, se chocó con una silla y largó un quejido, seguido de un:

– No, de nuevo.

Ellos exclamaron y la criatura se percató de que era vigilada por las personas. Corrió a esconderse una vez que se dio cuenta de esto. Los hombres la siguieron hasta una habitación un piso más abajo, donde perdieron su rastro, pero su aroma y pelaje los llevó hasta una pared. Se acercaron a ella y la tocaron, revelando que una parte era hueca. Siguieron buscando hasta poder encontrar una entrada en el muro, y la encontraron en la forma de otro picaporte con un asteroide grabado en él. Utilizaron el picaporte y lograron abrir la pared.

Al entrar por un túnel hallaron un cuarto lleno de imágenes del espacio y de distintos planetas, acompañado de grandes maquetas de aeroplanos. La otra característica predominante de este cuarto era el pelaje de zorro desparramado por toda la habitación, contrastando con la prolijidad y la belleza de una rosa ubicada en una mesa al lado de la cama. El chico reconoció de cierta forma el cuarto, pero el hombre apenas reconoció todo, soltó unas lágrimas por la emoción que sentía al estar en su habitación de la infancia de nuevo. El hombre desorientado por sus sentimientos mezclados miró al chico, solo para darse cuenta de que un muñeco estaba tirado en el suelo a su lado, idéntico al niño que lo había acompañado durante todo este trayecto. El hombre se sentó en la cama y vio cómo un zorro se le acercaba, el animal fue amigable, como si lo conociera desde hacía tiempo. Una vez que se le aclararon las ideas, inspeccionó al muñeco. Vio que en una parte del sobretodo tenía escrito en francés “propriété d'Antonio de Santos-Exupery”, que traducido es “propiedad de Antonio de Santos-Exupery”. El hombre se quedó pensando por

qué el muñeco tenía su nombre en él, y por qué no estaba escrito en su versión original francesa, “Antoine De Saint-Exupery”. El señor no llegó a ninguna conclusión y se quedó dormido en ese mismo lugar. Apenas cerró los ojos, el zorro le dio un guiño cómplice al hombre. El señor durmió plácidamente, soñando cómo volaba en una avioneta... con un zorro a su lado... en dirección a un asteroide con una rosa en él...

Piko

*Mención especial | Ciclo Orientado Educación Secundaria
Autor: Darián Ponce Delgado
Colegio Priv. Nº 162 Nueva Escuela Acuarelas Siglo XXI
Departamento Concordia*

La puerta al inframundo

Se cuenta que Tezanos Pintos, un pueblo pequeño cercano a Paraná, también es la puerta al inframundo para las almas en pena y también para que los distintos seres del infierno puedan cazar a los humanos.

Unos minutos antes de que Eloísa Moritán muriera en el altillo de la casona invocó al diablo. El odio que tenía hacia su esposo era mayor que el supuesto amor que sentía y que los había unido. Cuando el diablo apareció, la mujer, con palabras rápidas y agolpadas le dijo al diablo que le daba su alma a cambio de que su casa se volviera un lugar lleno de actividad paranormal capaz de hacer que su esposo se trastocara en tan loco como ella; el diablo dudó un poco, la muerte acababa de llegar.

A la mujer solo le quedaban unos cuantos minutos de vida, pero preguntándole a la Muerte a dónde iría Eloísa, la recolectora de almas le contestó con un tono frío y carente de culpa o sentimiento alguno, que dicha mujer tenía que ser llevada al cielo.

La tentación apareció en los ojos del diablo e hizo el trato con Eloísa un minuto antes de que muriese, la idea de robarle un alma a Dios lo tentaba demasiado y una sonrisa con colmillos de lobo apareció en su rostro.

El jefe del inframundo nunca lo admitiría, pero el trato que hizo con esa mujer fue el mejor de toda su vida. Cuando el hombre enterró a la difunta, el diablo puso manos a la obra y creó una puerta en la misma habitación; el pobre hombre no dormía por las noches gracias a los ruidos que escuchaba, a veces juraba ver personas, demonios y seres monstruosos aparecer en su habitación, con miedo creía que se iba a volver igual de loco que su anterior mujer. Por la puerta del inframundo entraban las almas en pena que habían hecho un trato con el diablo, las pobres habían creído que él, el que mejor miente en todo el vasto universo, se desharía de los lazos que los ataban al mundo terrenal, pero el diablo es el diablo y pedir que cambie es como pedir que la luna y el sol aparezcan al mismo tiempo sin que sea un eclipse.

A la puerta también la usaban los demonios, mayormente en las noches de verano, cuando la gente salía afuera para calmar un poco el calor, y cuando eso pasaba, los demonios gustosos como depredadores hambrientos, saltaban sobre la persona, para jugar un juego divertido para ellos y doloroso para la presa. Del maldito lugar también salían los enemigos de la muerte, monstruos con garras que se inclinaban al cielo, ojos completamente negros, pelaje de color de una herida infectada, de tres metros de alto, con dientes de personas en su espalda y cuchillos en vez de dientes, estos seres amaban asesinar, en cambio a los demonios les gustaba torturarlas, y estos seres agarraban sus almas y felices se las llevaban a su amo.

Tezanos Pintos era el mejor lugar para colocar allí una puerta que se conectara directamente con el inframundo, ya que los extensos

caminos de tierra, los lugares gigantescos y los frondosos árboles que, la mayoría de veces, ocultaban la luz del sol y la luna, ayudaban a que las almas, los seres y los demonios pudieran salir y así obtener varias presas y escondites para utilizar.

Y si aún no me crees, te contaré la historia de dos hombres, Cacho y Pedro.

Cacho era un simple hombre que trabajaba en el tambo, con una mujer y dos hijos, aunque la paternidad mucho no lo había cambiado ya que seguía igual de camorrero y Pedro era un hombre soltero, un tape y bolacero desde siempre, ambos buenos amigos.

Una noche Pedro iba caminando por el camino rodeado de frondosos árboles que se dirigía a la casona de Eloísa, mientras imitaba a uno de sus compañeros de changas, este iba tan distraído que no se dio cuenta de que Cacho lo llamaba, cuando el casado llegó al lado del soltero le pegó un guachazo en la cabeza mientras lo insultaba.

— Si querés camorra, Cacho, acá no vengas, andá y volvé con tu gurí y tu mujer y fijate que tu gurisa no esté con uno de por ahí.

— Mirá, callate vo', yo te venía a invitar una birra, pero veo que no querés.

— Además de camorrero, sos cuentero, vamos a tomar las birras, nomá'.

Mientras más se acercaban a la casona se veía que Pedro quería decir algo, hasta que tomó el valor que necesitaba:

— ¿Vo' sabés que dicen que en esa casa y por los alrededores hay un monstruo? Dicen que es del color de una herida infectada, que sangra por los ojos, que tiene altas garras, que tiene cuchillos en vez de dientes y que esos son de personas y los tiene en la espalda.

Cacho se rio por un buen rato:

— Esta está mejor que la leyenda de la solapa, bolu'.

Mientras ambos caminaban tranquilamente, el monstruo los perseguía para saciar el hambre de esa noche.

¿Qué? ¿Todavía no me creés? Entonces lo vas a hacer cuando vayas a mi casa y veas las marcas de garras y cuando notes que mi familia y yo no estamos, porque la leyenda es verdadera y a él no le gustó haber perdido un alma ni su alimento, porque Pedro solo no lo pudo saciar.

Sofía Reels

Mención especial | 4º - 5º - 6º Educación Secundaria

Autora: Mirta Andrea María Brupbacher

Colegio Priv. Nº 62 Inst. Comercial Virgen Milagrosa

Departamento Paraná

Compañía nocturna

Nora y María, ambas de trece años de edad, amigas íntimas desde que asistían al jardín de infantes, están organizando para ir el sábado y el domingo al campo, a la casa de la abuela de Nora, para acompañarla, dado que hace tres meses falleció su esposo y quedó sola. Nora, bastante ansiosa pregunta:

– María, ¿preparaste todo? –a lo que su amiga le responde–: Sí, tengo todo listo, ¿a qué hora salimos mañana?

– Mamá nos llevará a las nueve y nos irá a buscar el domingo a las dieciocho, ¿te parece? –le pregunta entusiasmada Nora.

– ¡Genial, a esa hora las espero! –contesta María.

Sábado, nueve de la mañana, día húmedo, nublado, con amenazas de lluvia. Mónica, la mamá de Nora, lleva a las chicas a la casa de su madre en el distrito Atencio, a treinta y cinco kilómetros de Feliciano, ciudad en donde ellas viven. La zona es rural, con grandes extensiones de campo, montes, camino de ripio y tierra. El viaje dura cuarenta y cinco minutos. Llegan a la casa que es

grande y antigua, un poco desolada, no hay vecinos ni viviendas cerca. Allí vive la abuela de Nora, está sola en esa vieja y demasiado amplia casa; cuando el auto se estaciona sale a recibir a las visitantes y Mónica, antes de marcharse, recomienda a las niñas: – ¡Pórtense bien y ayuden a la abuela! –luego se despide y regresa a la ciudad.

Las amigas se acomodan en una habitación, mientras la abuela prepara el almuerzo. Más tarde, la anciana y las dos chicas recorren el predio acompañadas por un perro, único animal en la granja. Visitan un galpón lleno de herramientas, un viejo corral y los montes próximos a la vivienda. Como comienza a levantarse viento, regresan a la casa, ya es casi de noche. La abuela les ordena:

– Vayan a bañarse y luego cenamos. Nora pregunta:

– ¿Qué haremos más tarde? A lo que María responde:

– Juguemos a las cartas –y así lo hacen.

Después de la cena ya llueve y se ha desatado una fuerte tormenta, con vientos y truenos. En la vivienda se iluminan con farol en el comedor y en la cocina, y con velas en las habitaciones, ya que en la zona no hay energía eléctrica.

Siendo la medianoche, afuera continúa lloviendo y deciden acostarse. La abuela duerme en una habitación al lado de la de las chicas. De pronto, Nora escucha ruidos, gritos, golpes, pasos, sollozos, en la oscuridad le pregunta a María:

– ¿Dormís? ¿Escuchaste eso?

– ¡Sí! ¿Será la abuela o el viento? –a lo que Nora inmediatamente le responde:

– No sé, vamos a ver. Sigilosamente salen del cuarto y se dirigen al comedor, cae un rayo, los relámpagos iluminan la casa; escuchan que desde allí, desde el comedor, vienen los llantos y gritos; se asoman y alcanzan a ver cuatro siluetas, dos grandes y dos pequeñas, iluminadas, blancas, pelean, hablan, gritan, lloran

sentadas alrededor de la mesa del comedor vestidas con ropa antigua. Desde el fondo de la habitación aparece una figura aterradora que grita, amenaza a la familia, los grandes se callan y los niños lloran. Las amigas ven esa silueta encorvada con ojos desorbitados, con largos cabellos, que grita, amenaza... Nora y María corren a su cuarto, se encierran, se tapan los oídos, tiemblan de miedo.

Desesperada, Nora pregunta:

– ¿Despertamos a la abuela? María, tratando de tranquilizarla, responde:

– No, no... es mejor no salir. Mientras dialogan deja de llover, el viento se calma y al rato amanece. Las jóvenes no han dormido, presas del terror, cuando ven la luz natural, salen de la habitación; muy lentamente llegan hasta el comedor y observan que todo está en perfecto orden y encuentran a la abuela en la cocina.

– Buenos días, niñas –las saluda–, ¿qué tal durmieron? Las muchachas se miran y Nora le pregunta:

– Abuela, ¿escuchaste algo anoche? La anciana las mira, sonrío siniestramente y les dice:

– Sí, ustedes escucharon y vieron lo que desde hace un tiempo veo y escucho todas las noches, no deben temerles, vinieron después de que el abuelo falleció...

Las amigas se miran sorprendidas e inmediatamente deciden llamar a Mónica para que las busque, quieren regresar a la ciudad, están sin dormir, asustadas y sin ganas de saber nada más ni de volver jamás a ese lugar.

Petru

Mención especial | Ciclo Orientado Educación Secundaria

Autor: Franco Petrucci

Colegio Priv. N° 78 Instituto San José de Feliciano

Departamento Feliciano

La niña vestida de blanco

Roberto Pérez era un hombre de sesenta años, solitario, amargado y cansado de su fracasada vida.

Roberto vivió y creció en un pueblo con muy pocos habitantes, por eso un día decidió mudarse a Feliciano, un pueblo un poco más poblado y donde nadie lo conocía. Fue así que un día, cuando el sol comenzaba a asomarse, los felicianeros lo vieron llegar. Llegó montado en su caballo colorado, tapado con un poncho que lo protegía del frío. Se asentó en las afueras, dispuesto a pasar allí el tiempo que le quedaba de vida.

Los días transcurrieron en forma monótona, sin embargo Roberto se sentía como en su nuevo hogar.

Una noche como tantas otras en que leía un libro a la luz de una vela, cuando el reloj marcó la medianoche, Roberto escuchó que alguien tocaba su puerta. Un poco enojado por la interrupción de su lectura y el horario inoportuno se levantó gruñendo, abrió la puerta y se encontró con una hermosa niña vestida de blanco. Era pequeña, tenía el cabello lacio, su rostro era ovalado, suave y perfecto. Sus ojos eran oscuros y bellos, pero demostraban angustia y tristeza. Era la imagen de una niña que demostraba gran pena.

Él se quedó con un montón de insultos en la garganta, en su lugar afloró una pregunta:

– ¿Se te ofrece algo, pequeña? ¿Te has perdido?

– ¿Me puede regalar un vaso de agua? –fue la respuesta de la niña.

Conmovido, el hombre le alcanzó un vaso de agua, ella lo agarró, luego dio media vuelta y se marchó. Roberto, confundido, salió a la oscuridad y creyendo verla, gritó:

– ¿Para qué quieres el agua?

Y sin poder verla, solo alcanzó a escuchar:

– Es para mi padre –luego el silencio absoluto.

Al día siguiente todo transcurrió con normalidad; no obstante esa niña no podía salir de su mente. A la noche, Roberto nuevamente se encontraba leyendo cuando otra vez golpearon su puerta. La niña estaba exactamente como la noche anterior:

– Disculpe, ¿podría darme un vaso con agua?

Roberto, tembloroso y sudando, le dio un vaso. Otra vez la niña comenzó a alejarse.

– ¿Esta vez, para quién es el agua? –pudo preguntarle antes de que la niña desapareciera.

– Es para mi padre –fue la respuesta. Roberto creyó que iba a desmayarse.

Por la mañana, intrigado, fue a consultar a un vecino que hacía muchos años que vivía allí. Así se enteró de que en la casa donde Roberto habitaba actualmente, había morado un hombre que había sido la peor persona que pisó la tierra. Roberto, aturdido al escuchar tantas atrocidades, preguntó si ese hombre había sido arrestado, a lo que el vecino le contestó:

– De ninguna manera, lo agarramos entre todos y lo quemamos vivo.

Después de unos instantes en silencio, Roberto habló:

– ¿Tenía hijos?

El hombre que le narraba la macabra historia le contestó:

– Solo una niña, llamada María. Pobre criatura, era lo único bueno que habrá hecho ese hombre... Ella adoraba a su padre. Ese día no sé cómo se enteró de lo que estaba sucediendo, la teníamos encerrada en mi casa pero escapó, entonces llegó hasta el lugar donde su padre ardía en llamas y desesperada pedía a gritos un poco de agua para apagar las llamas. Pobre inocente, murió de tristeza.

Al regresar a su casa, Roberto se encerró y se quedó dormido. Cuando despertó, se dio cuenta de que faltaban quince minutos

para que diera la medianoche. Un fuerte temor lo embargó, pues hubiese deseado quedarse dormido hasta el amanecer. Se sentó temblando en su cama a esperar la visita fantasmal.

Cuando el reloj marcó la medianoche escuchó tres suaves golpes en su puerta. El corazón de Roberto se aceleraba más y más; sin embargo, abrió la puerta lentamente.

– Señor, ¿me regala un vaso de agua?

Roberto le dio el vaso de agua mientras balbuceante le dijo:

– Ya me has dicho que quieres el agua para tu padre... ¿pero para qué la quieres, exactamente?

A lo que ella respondió con infinita desesperación:

– Es para mi padre que se está quemando –y señaló a lo lejos una sombra negra que ardía en llamas.

Al día siguiente, Roberto Pérez ya no estaba en su casa, en Feliciano no lo volvieron a ver. Muchos comentaban que se había marchado del pueblo, otros aseguraban que el padre de la niña de blanco se lo había llevado, muchas otras personas afirmaban que a medianoche lo habían visto paseando por las calles de Feliciano acompañado por una figura oscura envuelta en llamas y por una niña vestida de blanco.

Rizos dorados

Mención especial | Ciclo Orientado Educación Secundaria

Autora: Giuliana Marianela Jazmín

Colegio Priv. N° 78 Instituto San José de Feliciano

Departamento Feliciano

Yu te mar te yu¹

Siento paz, estoy junto a vos mi amada, abrazando a nuestro hijo, estoy tranquilo, estoy feliz. Pero me mira a los ojos y exclama: “aún no”. De repente miedo, exaltación y coraje. Es lo que percibo, un ardor en mi frente, me han herido en pleno combate, recupero mis fuerzas y grito:

“¡SOY CHARRÚA! Y he venido a tierras en las que no he nacido y en las que no me he alimentado, ni mi hijo ha corrido por ellas. He venido a morir y llevarme a tantos invasores conmigo. Charrúas, chanás timbúes y guaraníes, somos tribus muertas.

“Nuestros niños han caído ante enfermedades y otros males que los conquistadores han provocado. Nuestras mujeres han de soportar una vida de esclavitud. ¡Tomemos venganza!”

Ellos me escuchan, les doy fuerza y atacamos ferozmente. Somos una tribu fantasma que se niega a partir a una mejor vida. Destrozamos, apuñalamos y degollamos, esto no nos devolverá a nuestra gente, pero los años de felicidad arrebatados les costará caro a quienes nos los quitaron. Veo a un superior ornamentado blandiendo su espada, inhalo y exhalo, corro hacia él dando un salto sobre los cadáveres del enemigo, alcanzo a estrellar mi mazo contra su cabeza y observo huir a sus subordinados.

Muchos de los nuestros colapsan de rodillas sobre la tierra empapada de sangre, algunos no están acostumbrados a matar, quedan horrorizados de lo que hemos hecho. Inhalo y exhalo, me pongo de pie y digo: “Vamos hermanos, hoy no morimos, mañana quizás tengamos suerte”.

Llegamos a nuestro hogar de cenizas, algunos comen y se curan las heridas, otros lloran hasta quedar rendidos ante el cansancio, yo solo cierro mis ojos y recuerdo a nuestro hijo sonriendo y

¹ Frase en lengua charrúa que significa: “yo con ustedes, ustedes en mí”.

jugando. Pero no hay tiempo, sabemos que hay un asentamiento pasando el río cerca de lo que una vez fue el hogar de muchos de nuestros compañeros, afilamos nuestras lanzas y cuchillos, empapamos nuestras flechas de veneno y nos dirigimos en busca de una pelea; en busca de nuestra paz. Pasamos el río casi sin dificultades gracias a nuestras barcas, la noche nos oculta y nos mantiene a salvo, al arribar escuchamos voces celebrando, muchos invasores, pero estos están desarmados, comen y beben, no representan una amenaza, pero mis compañeros optan por escabullirse entre el emplazamiento, no los lleva mucho acabar con la alegría del ambiente... todo se torna en silencio... no tocamos su comida, ni aparatos, nos repugnan.

Casi al instante de empezar a movernos, escuchamos gritos de auxilio provenientes de las chozas del enemigo. Estos gritos aterrorizan a mis compañeros, aún más que cualquier arma escape-fuego, desesperados algunos corren a derribar las entradas, cuando lo logran, mujeres procedentes de diferentes tribus se lanzan a abrazarlos como si fueran sus hermanos o esposos y ellos las necesitaban, se ven revitalizados. Pero vemos humo a lo lejos, nos preparamos y nos dividimos en dos grupos, los más jóvenes llevan a las mujeres a un lugar seguro mientras que los más experimentados preparamos la emboscada para el enemigo que se acerca velozmente. Tomamos nuestras posiciones, luego de sembrar el lugar de trampas, solo toca esperar. Los primeros soldados se mueven lentamente apuntando sus escape-fuego, el primero cae en un pequeño pozo en el que encajamos ramas puntiagudas con veneno, sus compañeros asustados empiezan a disparar a la nada, en cuanto el silencio vuelve a dominar el ambiente, el soldado herido se desploma, su corazón deja de latir. Optan por avanzar con más cuidado, pero son víctimas del pánico al ver lo que le hicimos a la gente que celebraba. Con rabia comienzan a gritar inmediatamente,

entonces, un grupo de mis compañeros lanza una lluvia de flechas sobre la parte trasera de este grupo de soldados lo que produce que corran desesperados y sin intención hacia nuestras trampas, caen sobre espinas, trampas de peso muerto, cuchillas atraviesan los puntos ciegos de sus armaduras.

Llegó la hora, avanzamos hacia ellos con una destreza sin igual, nuestras lanzas son certeras, peleamos, pero no alcanzamos a ver nuestra victoria debido a un regimiento que se ocultaba entre el monte, no podemos reaccionar antes de que nos ataquen con sus armas.

Mi grupo tiene una oportunidad de escapar, debemos aprovecharla y avisar a los jóvenes, huimos, pero nos cazan uno a uno, no podemos preparar las canoas y nos volvemos blanco fácil cruzando el río.

Unos pocos lo logramos, al llegar con los demás percibimos que los jóvenes afligidos recobraron su vitalidad, el contacto con las mujeres les dio esperanza, algo que yo ya no puedo poseer. Nos organizamos, no hay tiempo que perder, en nuestra ausencia elaboraron flechas y lanzas, de cualquier forma, tenemos más hombres que armas. Los jóvenes esperan que los guíe a una victoria, están nublados por la esperanza.

Inhalo, exhalo y les digo que yo y los guerreros más experimentados peharemos, ellos deben huir a otras tierras a encontrar la paz que yo anhelo, pero de una forma diferente. Esperanzados me obedecen, pero sé que esto es una mentira, no importa cuánto luche o cuántos invasores mate, tarde o temprano los encontrarán y cazarán. Solo me reconforta saber que pronto veré a mi familia y que caeré junto a los últimos de mis hermanos. Antes de la batalla no hay palabras que nos apoyen, sabemos cómo será. Estamos atravesando el camino hacia la otra vida, corremos hacia el enemigo como cuerpos poseídos por demonios. No advirtieron nuestra presencia hasta que estábamos sobre ellos,

cumplimos nuestros objetivos, los entretuvimos lo suficiente para darles una oportunidad a los demás de no morir hoy.

Estoy derribado con una herida en mi estómago, inhalo y exhalo, soy el último guerrero, un superior blanco maldito me apunta con su arma, él es el camino que debo recorrer hacia donde se encuentra mi familia esperándome. Inhalo y exhalo por última vez.

*Gualiche*²

Mención especial | Ciclo Orientado Educación Secundaria

Autor: Rodrigo Patterer

Esc. Secundaria Nº 11

Departamento Diamante

“Sí, quiero”

¡Ringggg! El recreo termina y nosotros debemos irnos al museo, aún no entiendo por qué a la profesora se le ocurrió ir a escuchar otra vez la famosa historia que ya todos conocemos, de aquella mujer que nunca llegó al altar y bla, bla, bla.

Después de caminar unas cuadras llegamos a esa casa vieja, con su puerta grande y sus ventanas tapadas por cortinas que no dejan pasar la luz. Nos recibe el excéntrico cuidador de la Cultura Nogoyaense, así fue como él se presentó. Seguido de esto, comienza con la famosa historia de la dueña de la casa donde se encuentra el museo.

– ¿Ven las iniciales de las puertas? Esas son las iniciales de la señorita Lucía Montenegro, famosa abogada de nuestra ciudad, quien allá por el año 1966, un 24 de agosto, tendría su boda con un adinerado hombre de campo.

²Significa: “espíritu maligno” en lengua charrúa.

Ese día ella estaba feliz, se bañó, se maquilló, se puso su tan hermoso vestido y cuando se disponía a salir para la iglesia, llegó su padre y le entregó una carta. Ella no la quería leer, quería salir ya al encuentro de su amor, con quien había planeado una vida juntos, viajar y tener hijos. Su padre insistió en que tenía que leer la carta. Ella la abrió y leyó:

“Amada Lucía: Sé que hoy iba a ser un día importante para los dos, en el cual nuestras almas se iban a unir. Pero lamento darte esta noticia, mientras estás leyendo estas líneas, estoy rumbo a España por negocios y no tengo planeado regresar a la Argentina. Me hubiera gustado decírtelo de frente y despedirnos con un abrazo, pero el tiempo es tirano. Mi deseo es que pronto encuentres un nuevo amor. Con cariño. Leopoldo Herrera”.

En ese momento su alma sintió un dolor tan inmenso, que hizo que su corazón se parara y vestida de novia, falleciera sobre su cama. Se rumorea que su espíritu ronda por el museo, ya que su alma quedó en un túnel, esperando a alguien que le pida matrimonio y la lleve al altar —así concluía el excéntrico dueño del museo esta tan famosa historia.

Entre miradas cómplices con mis amigos, teníamos la necesidad de saber si lo que nos había contado era realmente verdad. Esa misma tarde tomamos la decisión de ir por la noche al museo, debíamos comprobar si el alma de Lucía Montenegro vagaba por los pasillos del lugar.

A las cero horas nos encontramos detrás del tapial que comunica el patio del museo con la calle. Debíamos saltarlo, así que miramos hacia ambos lados y al ver que nadie venía, contamos hasta tres y saltamos.

El museo se encontraba totalmente a oscuras, no vamos a mentir, pero un poquito de miedo sentíamos. Caminamos hacia una de

sus puertas, quisimos abrirla, pero estaba cerrada, probamos con la que conducía al estudio de la señorita Lucía. En el momento en que estábamos por tocarla, sorpresivamente se abrió sola y pudimos sentir cómo un escalofrío corría por nuestro cuerpo. Tomados de la mano entramos al estudio, yo no quería asustar a mis amigos, pero sentía que desde la oscuridad nos estaban mirando.

Mientras caminábamos hacia la habitación, notamos que el aire se tornaba frío y delante de nuestros ojos pudimos ver que la muñeca que llevaba el pelo real de Lucía se caía lentamente al suelo. Paralizados por el miedo, quisimos salir de la habitación, pero la puerta se cerró con un fuerte golpe. Nuestras miradas se dirigieron al fondo del pasillo y fue en ese momento, cuando vimos pasar una sombra. El miedo se apoderó de todos nosotros, no sabíamos qué hacer, solo había una forma de averiguar si aquella sombra que habíamos visto era Lucía.

Me separé de mis amigos, me paré frente a la puerta y grité:

– Lucía Montenegro, ¿te quieres casar conmigo?

Se hizo un breve silencio y escuchamos con claridad unos pasos que venían hacia nosotros y del otro lado del vidrio apareció ella diciéndome:

– Sí, quiero.

Pana

*Primer premio | Educación Especial
Autores: Jonathan Hernán Caraballo, Martín Ernesto Albornoz, Carlos
Alberto Rocha, Leila Zapata y Mariza Lucía Zaragoza
Colegio Priv. N° 8 El Arca de Noé
Departamento Nogoyá*

Barco Fantasma

José, un hombre de ochenta años, nos cuenta la historia del “Barco Fantasma”.

Hacía ya muchos años, cuando él era pequeño, su padre lo llevaba todos los días al puerto a pescar, a veces se quedaba hasta altas horas de la noche. Mientras el padre de José pescaba, él disfrutaba de jugar, observando los barcos abandonados y a los otros pescadores que trabajaban en el lugar. Cuando José observaba a lo lejos el río, escuchaba los sonidos y veía el vapor que salía de lo alto de un barco que se acercaba al muelle.

Contento y emocionado lo distinguía, cada vez se acercaba más y más. Pudo observar una silueta de un hombre que lo miraba y saludaba. Pero en vez de llegar al muelle, siguió de largo. A lo lejos divisó una luz inmensa sobre el barco que luego desapareció en el río. Asustado y sorprendido corrió a contarle a su padre. Cuando su papá escuchó su relato, lo abrazó y le explicó que hacía cincuenta años atrás, un barco fantasma pasaba por el río cerca del muelle, todos los días a la misma hora, con su capitán a bordo. Este barco había sufrido una falla que había provocado una explosión, por la cual el navío había terminado en el fondo del río, con su dueño cautivo por siempre. José nunca pudo olvidar lo que su papá le había contado, esta historia quedó en su mente y en su corazón, por eso hoy, con sus ochenta años, recorre el muelle esperando la llegada del barco fantasma y el saludo de su capitán...

Río Místico

Mención especial | Educación Especial
Autores: Roque Emiliano Rojas, Ariel Gustavo Auteri, Agustín Exequiel Ríos y
Ana Laura Miranda
Esc. Educación Especial N° 32
Departamento Islas del Ibicuy

La Misión

Hay en cada ciudad de nuestra provincia solares llenos de luz, portales a una dimensión imaginaria, que es un refugio para los animales desposeídos, los ignorados, abandonados, heridos y los olvidados.

Este sitio a donde ellos llegan por instinto tiene siempre, al menos, una higuera y un árbol de nísperos, de ahí el dicho “ya sabés dónde queda la higuera” que mucha gente cree que es el lenguaje humano; cada administrativo es cuidado por la singularidad del lugar y personas conocidas como “la loca de los gatos” a hombres sabios que para tener una vida no recurren a las redes sociales. Cuando se fortalecen deben cumplir una misión y a cambio de ello, se les revela su mayor “DOM”.

Allí llegaron hacía un tiempo un pájaro benteveo muy malhumorado llamado “Morajú”, él se había elegido ese nombre en honor a bellas aves azules moradas que surcan el cielo en bandadas. Lo habían herido de un hondazo y había quedado muy maltrecho; estaba acostumbrado a ser echado de muchísimos lugares, si no cantaba –y el pájaro es feliz porque canta–, pasaba desapercibido, pero al entonar un: “bicho feo... bicho feo” los humanos lo alejaban como podían, sin razón alguna; lo odiaban, no le tenían ningún tipo de aprecio a su cantar y eso que él jamás les había hecho daño y sin embargo, nadie lo aceptaba en su jardín.

Y también andaba por ahí un gato negro llamado “Tizón”, apenas más que un cachorro pero con muchas desventuras encima. Su nombre le fue impuesto por un dueño temporario que lo trataba muy mal, el día que lo llamó así, recitó un verso que decía: “A los blancos los hizo Dios, a los mulatos San Pedro y a los negros los hizo el Diablo, para Tizón del infierno”.

Tizón no sabía que eso era un fragmento de un libro con más de cien años, pero sí se dio cuenta de que tenía que ver con su vida, que era una realidad y por eso recibió pocas caricias, por ser un gato negro la gente lo esquivaba, se asustaba al verlo, más aún de noche y volvía sobre sus pasos para que no se les cruzara por delante.

El fin... Tizón fue atropellado por un automovilista, no murió, pero quedó muy maltrecho, veía la gente pasar, nadie se había detenido a ayudarlo, era como si no lo hubieran visto, ¿con qué finalidad ignoramos la desgracia de otros que no cuentan con nuestro aprecio?

Como pudo, llegó al refugio y a pesar de que no era un hotel cinco estrellas, por lo menos había paz, el solar era indetectable para la gente común.

El tiempo pasó y Morajú y Tizón ya estaban listos para el alta, su misión y su mensaje. Ambos rogaban tener un buen compañero de misión para tener más posibilidades de éxito; Morajú quería un loro paraguayo como pareja, ¿quién podría resistir a tan bello plumaje lleno de colores? Además hablaba “humano”, eso no lo hacía cualquier animal. ¡Qué bella distinción!

Y Tizón quería como compañero de misión un cachorro de perro, uno bien peladito, ¿quién se acordaría de su presencia ante el encanto de un peluche de ojos inmensos?

Pero la gente adora la belleza exterior y no abandona los loros paraguayos y a cachorros de perros, rara vez sobreviven a la crueldad de sus “abandonadores”. Cuando llegó el día, “La loca de los gatos” los llamó a una reunión, ¡qué sorpresa se llevaron ambos al notar a su compañero!

– ¿No le pueden dar clases de canto? –se quejó Tizón.

– ¿Acaso no lo pueden teñir? –dijo Morajú.

Pero no, la misión era ineludible:

– Deben ir a la casa de Doña Irina, una mujer muy huraña y triste, y darle este mensaje: “El sol trae la felicidad”, esa es su misión. Parecía algo simple, debería ser fácil si alguno de los dos pudiera hablar humano. Tizón le dijo a Morajú que tal vez deberían usar un cántico nuevo, algo que oía a veces en grupos de personas felices...:

– ¡Probá! –insistió–. ¡Es... tar... sol... te... ra... es... tá... de... mo... da...!

Morajú probó, pero solo le salía:

– Bicho feo, bicho feito...

Decidieron ir por separado. El primer día fue para Morajú, esperó que Irina saliera a colgar la ropa al patio y empezó a cantar con ímpetu, la mujer lo ignoró, ya no tenía mal en su vida, pero cuando Morajú entonó:

– Estar soltera está de moda –ella entendió perfecto, así cayó, y cual misil teledirigido, le lanzó un rotundo escobazo, que provocó el fin de la misión.

Al otro día fue el turno de Tizón, quien había tomado clases de mímica con un chimpancé que estaba de visita.

Esperó muchas horas, en un día gris, nublado y frío hasta que Irina se asomó por la ventana y para llamar su atención dio tres saltos mortales, maulló moviendo las caderas y se paró sobre sus patas traseras. Cuando vio que su público lo estaba siguiendo, con su pata delantera izquierda apuntó al cielo (sin sol), moviendo su cabeza en círculos para demostrar felicidad, para terminar de espalda al piso, moviendo sus cuatro patitas al unísono.

Irina dijo:

– Este gato negro quiere que yo estire la pata –y cerró la ventana. Al tercer día decidieron ir juntos, Morajú iba montado en el lomo de Tizón, fue el gato quien golpeó la puerta de la casa y maulló fuerte para que los atendieran.

Al fin la puerta se abrió y doña Irina quedó impactada: ¿dos animales locos, de mal agüero, en su puerta?

Tizón maullaba y hacía mímica, Morajú cantaba a los gritos, lo más fuerte que podía..., esa mujer tenía que entender el mensaje... Ella hizo un ademán (como de ¡esperen un minuto!), entró a su casa y volvió con un balde de agua que les arrojó encima a los dos.

Mientras los echaba, les decía:

– ¡Fuera bichos, no vuelvan más!

¿Qué le pasa a este mundo?

El día siguiente salió el sol, Morajú y Tizón volvieron a la casa, no se daban por vencidos y al ir llegando vieron a doña Irina en el patio, riendo, tomando mates en el solcito, abrazándose a un niño, su nieto que había llegado de visita... Era otra persona, se la veía feliz (con un poco de amor una vida cambia tanto...).

Tizón dijo:

– Al final entendió el mensaje –y Morajú estuvo de acuerdo, creyó en el éxito de su misión.

Y volvieron orgullosos al refugio, allí en el interior de una cajita de fósforos estaba su mensaje... ambos abrieron el suyo, sin lograr entender, ¡no sabían leer humano! Solo se dieron cuenta de que los dones eran iguales, porque el dibujo de las letras era el mismo. Así que se despidieron con un abrazo de amigos y partieron cada uno a su nuevo destino.

Un niño que jugaba al fútbol en el campito, halló una de las cajas de fósforo, leyó el mensaje que guardaba en voz alta, sin saber qué significaba.

“Tu don es éste... del mal que hagan no guardarás rencor”.

Agustín 2A

*Primer premio | Educación en Contexto de Encierro
Esc. Secundaria de Jóvenes y Adultos N° 29 Dr. Esteban L. Maradona
Departamento Paraná*

Una noche en el penal

La historia que voy a contar es real y me pasó hace poco tiempo en este lugar. Mi nombre es Carlos y vivo en un lugar particular, el penal N° 8 de Federal.

Era una noche común, nada raro, solo un poco de humedad. Primero, mientras estaba en el comedor, una araña horrible se atravesó entre mis pies, era grande y peluda. Tres veces tuve que golpearla para que muriera, era muy rara y me dio un gran escalofrío cuando la maté, como si ella aún estuviera presente en el salón. Pero, tratando de olvidar lo ocurrido me puse a mirar tele, mi compañero de celda dejó de leer y se fue a dormir. Quedé solo. Siempre quedo solo hasta altas horas de la madrugada. Miré un programa de deporte, pero sin olvidar lo que había pasado. De repente, un viento frío y seco comenzó a sonar por el ventiluz que hay, pero no me atreví a acercarme, solo observé que el clima había cambiado de repente. Se convirtió en una noche de tormenta, con muchos relámpagos y una lluvia fuerte que se veía y se escuchaba en el techo de chapa. En medio de la tormenta vi una sombra como de una persona que pasaba delante de la puerta del pabellón, me hacía señas de que la siguiera y solo pude mirarla cuando desapareció. Desperté a mi amigo y él saltó de la cama porque dijo que detrás de mí había una mujer muy bella y sin pies que me acariciaba.

Esa noche no la vi más, la busqué porque sentía que necesitaba algo de mí.

Una semana después, cuando me fui a dormir, ella estaba en la puerta de mi celda, no tenía manos ni pies y le pregunté qué quería. Lloró y al rato me dijo que necesitaba que yo pidiera perdón por todo lo que le había hecho, que el hombre que yo había matado era su amor y ella lo extrañaba. Sentí como una opresión en el pecho y, también lloré porque nunca había

pensado en lo que había pasado fuera de la cárcel después de que había entrado allí.

Finalmente, como no dejaba de aparecer, le pedí al cura que la sacara y me ayudó. A la sombra le pedí perdón y nunca más apareció. Hoy, meses después de lo ocurrido, sigo sintiendo que todo lo que pasó una noche me lo mandó la persona que maté por un simple enojo. Nunca más voy a hacer algo que pueda hacer mal a otro, solo quiero salir y criar a mis hijas como una persona de bien.

El tiky

Mención especial | Educación en Contexto de Encierro

Autor: Carlos Cáceres

Esc. Secundaria de Jóvenes y Adultos N°8

Departamento Federal

Historia de la chamarrita

La chamarrita es un estilo musical folclórico de la música litoraleña, particularmente de provincias como Entre Ríos y parte del sur de Corrientes en Argentina, también se conoce en Uruguay y en Brasil, en especial, en el estado de Río Grande do Sul.

Dicha danza y estilo musical es originario de las Islas Azores (Portugal) y llega a Brasil a fines del siglo XVII. Parece mostrar cierto ingrediente afro y parentesco rítmico con la milonga.

El musicólogo Renato Almenida afirma que nace este ritmo en las Islas Azores y conserva el nombre de “Chamarrita”. Jesús López Flores (musicólogo, historiador) anotó antecedentes de la Zamarra –baile enlazado, semejante a la milonga–. Vicente Rossi la denomina “Simarrita” y admite el ingrediente afro en su estructura musical. Llega este ritmo a Entre Ríos por medio de los alemanes del Volga, estos inmigrantes introducen un instrumento

clave para este ritmo, el acordeón, comúnmente llamado “Verdulera”. Los hombres de a caballo la adoptaron y le debieron dar forma por su contoneo especialmente bailado en las pulperías, donde los paisanos demuestran su destreza criolla.

Recién con el músico “Linares Cardozo”, la chamarrita toma trascendencia y se instala como ritmo musical, característico de nuestra provincia, junto con el bailarín Miguel Ángel Cáceres.

Los músicos Linares Cardozo conjuntamente con “Santos Tala” recorrieron toda la provincia difundiendo la Chamarrita, y cabe acotar que a nivel nacional fue difundida por los Hermanos Cuestas.

A pesar de toda esta historia, se ve perder esta cultura que hoy nuestra juventud está dejando de lado como danza nativa y bien cultural y que el bailarín Miguel Á. Cáceres enseña con mucho amor. Nuestros jóvenes la olvidan y la cambian por músicas extranjeras, sin acordarse de la enseñanza recibida tiempos atrás. Yo propondría que en todas las escuelas de la nación, se dictaran clases de materias donde se enseñase nuestro folclore, las danzas autóctonas y nativas, para así lograr un cambio sociocultural en generaciones venideras, de este modo lograr el sentido de patriotismo. Y de esta manera valorar lo hermosa, rica y próspera que es nuestra Argentina en su cultura, para que nuestros jóvenes vuelvan a retomar y apreciar nuestra cultura tradicionalista que solíamos ver y apreciar en nuestras conmemoraciones patrias que nunca hubiesen tenido que haberse alejado tanto de nuestras aulas.

Mención especial | Educación en Contexto de Encierro

Autor: Gustavo Feliz

Esc. Secundaria de Jóvenes y Adultos N° 29 Dr. Esteban L. Maradona

Departamento Paraná

Plenilunio

En el noreste entrerriano, entre Feliciano y Santa Ana, se ha divulgado una extraña historia, o mejor dicho, una aciaga sospecha.

Como las certezas, como el fin de un predecible recorrido, cada cuatro semanas, cuando caía el sol, se abría una esperanza. Era, entonces, la hora en que tomaban forma las sombras de tipas, ceibos y aguaribayes, y en que el croar de las ranas de los zanjones y aguadas se convertía en murmullo

Una vez cubiertos por el manto negro nocturno, reverdecían las sospechas ante el disco lunar hinchado de promesas de amantes observadores: quizá, el presagio fuera a cumplirse algún día en el tiempo.

La noche parece aclararlo todo, y el viento devela los secretos: desde los “hijos chimba” hasta las historias de la “luz mala” y de *casas asombradas*, con el ulular de las lechuzas como única advertencia. Quizá, porque el misterio no conoce fronteras, se presume que el relato que se susurra desde hace un tiempo terminaría por subsumir a toda la Tierra.

La única certeza era que rondábamos los caminos y calles haciendo como si necesitáramos algo, como si nos disputáramos con el tiempo, como si no quisiéramos mirar la eterna ausencia que nos habitaba. Los días comenzaban y acababan siempre con el mismo ritual al que nos habíamos acostumbrado, si es que los rituales marcan costumbres: los gallos inaugurando las mañanas, y los benteveos, montando guardias en las ramas; mientras los almacenes –envueltos en el ronroneo de sus heladeras– aguardando a los perezosos camiones repartidores de mercaderías. Unas leguas más adelante, el Lago de Salto Grande se ensancha con la altanera glotonería que lo llevó a devorar a la

Vieja Federación y a una parte de Santa Ana. El agua susurra ausencias.

Por momentos, habíamos decidido abrazar lo predecible, aunque el misterio y el temor habían comenzado a rasguñarnos la piel. Poco a poco, cada cuatro semanas, fueron acentuándose las dudas, las pasiones, las sospechas. Y entre tanto soliloquio nocturno, ese puñado de soledades en el que nos habíamos transformado, sucumbimos en un extraño estado de alerta: las horas de sueño quedaron reducidas a lo que pudiera decirse un par de ellas, porque la vigilia misma se había transformado en una extraña manera de control. No estábamos ciegos, o al menos de eso creíamos estar seguros.

Cabía aún la aciaga sospecha de que lo auspicioso no nos estaba predestinado: las enfermedades, bancarrotas, pesares, o –quizá– nuevamente el agua, terminarían por envolvernos.

Desconocíamos si aquello nos fuera impuesto por alguna suerte de venganza remota, de espíritus de los antiguos hacheros del monte felicianero, susurrando que en el pasado no había sido la mejor comarca para habitar.

Poco a poco, algo sombrío fue develándose ante nuestros ojos: una noche pudimos advertir que lo que creíamos ver como “luna llena” era la apertura –una vez al mes– de la salida del foso en que estábamos. La luz del plenilunio era un atisbo de esperanza de que hubiera aún posibilidad de escapar y ver qué había allá afuera, antes de que el menguante comenzara a cerrar el foso.

Edna Krabapel

*Primer premio | Docentes
Autora: Maricel Camila Boggia
Esc. Secundaria N° 35 Cesáreo Bernaldo de Quirós
Departamento Paraná*

La curandera

La curiosidad más que la fe me llevó a viajar hasta un pequeño lugar en el que tan solo treinta familias, una iglesia y una escuela mantenían lo que décadas atrás fuera una ciudad ferroviaria como tantas en Entre Ríos. La estación, por así llamarla, cobraba vida por las madrugadas cuando centenares de personas, tanto de a pie como en vehículos de alta gama y desde distintos puntos del país, arribaban hasta la precaria vivienda en busca de paz, esperanza y por qué no, una curación definitiva a su mal.

Misterio y temor generaba descender de la ruta y adentrarse en ese estrecho camino de tierra que, mediante flechas pintadas en pequeñas tablas o troncos a la vera del camino, indicaban el punto de destino. Caminos deteriorados, alambrados corroídos por el tiempo y extensas dimensiones de tierra parecían manifestar que el hombre no lo había descubierto, que aún era un lugar Invisible, recóndito e imperceptible.

Tras corcovos y curvas cerradas entre los árboles que se apiñaban sobre la vía, perros, gansos y vacas dispersas en la calle nos anunciaron la llegada. Sentados en troncos, tarros y hasta en el suelo, una multitud rodeaba la precaria casa en la cual atendía. En su mayoría, excepto un par de chiquilines que se divertían apedreando los bichos, mostraban rasgos de asombro y estupefacción ante las cosas que se murmuraban y los milagros que habían ocurrido tras la visita a la mujer.

Desde tempranas horas se hacían largas filas esperando a que ella apareciera y entregara el número que sería el orden del turno. La ansiedad muchas veces llevaba a que la gente acampara para no quedar sin ser atendidos. La sala de espera era pequeña y solo entraban unos pocos. Las oraciones, fotos, santos y crucifijos dejaban entrever las paredes despintadas y roídas. Muchos rumoreaban que no podías tener ni siquiera pensamientos

ofensivos contra ella porque, una vez adentro, te reprendía por eso... ella tenía el poder de saber todo lo que ocurría allí.

En un momento en que se abrió la puerta para el intercambio de pacientes, un vaho olor salió de la habitación y me estremecí al ver a Jesucristo casi decapitado por los collares y rosarios que pendían de él. Imágenes de diferentes santos mezcladas con las del Gauchito Gil y otros seres mitológicos, engendraron aún más dudas y misterios.

¡Era necesario tal espectáculo!

Al verla a ella quizás comprendí aquella puesta en escena. De estatura pequeña, regordeta, cabello teñido y rizado, vestida con un atuendo suelto y adornada con múltiples añillos y collares se paró en el umbral y con voz prepotente dio anuncio al próximo número.

Corrió por todo mi cuerpo un escalofrío y sentí unas ganas imperiosas de salir corriendo pero, a la vez, el temor de creer que ella sabía lo que sentía me atemorizaba aún más. Las manos me transpiraban y dudaba en qué hacer. El bullicio de la gente me atormentaba y me resultaba insólito oír las cosas que vociferaban. Atribuían sus poderes a Jesús quien, al ser ella una niña había posado, mientras dormía, sus manos en la frente y susurrado que debía continuar con su trabajo en la tierra; quizás de ahí, el dialecto que profiere cuando impone sus manos; una especie de arameo mezclado con náhuatl. Las muecas desencajadas de los rostros daban a la escena un estupor de desconcierto y desasosiego y yo... que no sabía dónde y para qué me encontraba allí.

El enigma iba en crescendo a medida que pasaban las horas y escuchaba el relato de los que se aventuraban. De pronto, entre llantos, risas, cotorreo y ladridos de perros se abrió la puerta y pronunció... "66...", había llegado mi turno. Temblando y

aterrorizada me puse de pie y como transportada por un espectro, me encomendé a la habitación.

Marian

*Mención especial | Docentes
Autora: Laura Mariana Barrios
Esc. de Educación Agrotécnica N° 40 Hipólito Irigoyen
Departamento Paraná*

Ruidolandia (cuento con sonidos)

En una ciudad muy bella que no fue fundada, donde el río la cerca y los árboles y las barrancas la adornan, vivían chicos de diferentes edades que estaban teniendo problemas para levantarse para ir a la escuela, porque el despertador sonaba muy bajito (ruido de despertador), el ruido de la calle (ruido de autos) no permitía escucharlo y el humo de los autos dejaba la ciudad a oscuras, estaba siempre de noche. Los papás que lograban despertar por la mañana, eran aquellos que tenían parientes en el campo y les habían regalado un gallo, no era que el gallo cantaba (ruido de gallo), sino que les picaban los ojos, ya que a ellos les gustaba comer tempranito y los papás de los chicos despertaban del dolor. Las maestras no dormían por miedo a no poder levantarse... llegaban a la escuela despeinadas, con una media de cada color, sin cepillarse los dientes y en los portafolios tenían paquetes de fideos y ropa en vez de libros. Imaginen a estas señoras... los ojos saltados, la cara demacrada y casi zombis, paradas en la puerta esperando a los chicos... Las escuelas decidieron cerrar hasta encontrar una solución. Solo una no bajó los brazos, esa chiquita que queda en calle Corrientes, donde los chicos son más buenos que la leche. Cristina, la señora que manda adentro de la escuela chiquita, caminaba por el patio haciendo sonar los tacos, abrazada

a Elisa, preocupada, mientras Yanina y Roxi le preparaban el mate, pensaba cómo solucionarlo y llamó a las maestras para poder pensar con ellas. La seño Gabi pensó: “por qué no ponemos parlantes en las esquinas con música bien movida”, la seño Carla y Moni ofrecieron los autos para buscar a los chicos cada mañana. Valeria, que no se quería quedar sin ayudar, pensó en poner camas en las aulas y que directamente no se vayan de la escuela... A la seño Andre le pareció que podía quedarse por las noches a cuidarlos. Cristina, pegó un grito: “¡Noooooo, es una locura!” La única que no habló fue la seño Celi, que hacía sonar los papeles que tenía en una bolsa (sonido de papeles). De repente se escuchó que dijo: “Por qué no limpiamos la ciudad, si dejamos de usar autos y andar en bici; si abrimos una zanja gigante para que el río limpie el humo y plantamos muchos palos borrachos y jacarandás para que los patos capuchinos (ruidos) y los benteveos (ruidos) se posen sobre ellos y canten para que nuestros chicos se despierten”. Todas exclamaron a coro: “¡Qué buena idea!”, así fue que llevaron la propuesta a la municipalidad, que abrió una zanja que cubrió toda la ciudad, el río Paraná corrió fuerte (ruido) como apurado, la gente hizo pozos (ruido de palas) para plantar los árboles. Las casas de bicicletas no daban abasto. Así fue que con la colaboración de todos, limpiaron la ciudad de la contaminación, el río volvió a su lugar, los pájaros vivieron felices en los nuevos árboles. La gente salió a festejar con maracas, ollas y chifles y tambores... Los chicos volvieron a escuchar el despertador (ruido) y ya no tenían excusas para no ir a la escuela.

Oscura

*Mención especial | Docentes
Autora: Verónica Beatriz Celina Mauro
Colegio Priv. Nº 237 Instituto Sur
Departamento Paraná*

MITOS

El mito del pindó

Cuenta la historia que el pindó, una gran palmera, muy poderosa, no se movía como otras.

Un día un hombre se acordó de que le habían contado que si uno la miraba fijamente, era maldecido por toda su vida. Él no creyó lo que le habían dicho. Al otro día, su cuerpo quedó tieso como la palmera.

Coraline

Mención especial | 4º - 5º - 6º Educación Primaria

Autora: Rocío Soledad Pérez

Esc. Nº 61 Facundo Zuviría

Departamento Paraná

Un capricho de gitanos

En una ciudad costera, hace muchos años se encontraba viviendo una familia gitana: el papá, la mamá y sus dos hijos. La gitana, de casi treinta años era morocha, tenía el pelo atado, su vestimenta era estampada de color rojo y gris, con aros plateados redondos y grandes. Se llamaba Josefina, su hija mayor era Dika y el pequeño era Cappí, quien tenía ojos grandes y negros.

Era un día de mucho calor, entonces la familia pensó acercarse a la costa. El padre, Calisto, decidió alejarse al encontrar conocidos para hacer negocios.

Cappí era el hijo más pequeño y se puso a jugar en la costa con pastos y ramas secas. A cada instante miraba el río, sus olas, sus remansos... en ese momento, Josefina, su mamá, también se llenó de nostalgias, recordaba su infancia y los juegos que hacía con sus hermanos en la tierra.

Cuando Cappí se hipnotizó con el movimiento del río, notó que el agua formaba otros dibujos; sin darse cuenta de que era la boya de un espinel, pensó acercarse para ver mejor y creyendo que era algún dorado enganchado, patinó en la costa y cayó al agua.

Su hermana Dika lo vio desde lejos y le gritó a su mamá que Cappí se había caído al agua. Josefina, muy asustada, salió corriendo a buscar ayuda, gritando a unos pescadores que cruzaban cerca, en su canoa.

Los pescadores no entendieron lo que decía Josefina, ella estaba muy nerviosa, lloraba y no comprendían el idioma en el que ella les hablaba.

– ¡¡Señora..., trate de calmarse y haga señas, que no le entiendo!!

–dijo uno de los pescadores.

– ¡Mi hijo! ¡¡Mi hijo se cayó!!

En ese momento, los pescadores se preocuparon mucho y se pusieron a buscar al niño, pero sin lograrlo, se apenaron y algunos siguieron con su trabajo.

Al rato, se comenzó a reunir la gente del pueblo en la costa, tratando de ayudar, pero de a poco se acercaba la noche y desde la orilla, los vecinos empezaron a retirarse a sus casas. El viento frío de la costa los iba alejando, a pesar de ser verano, era una fresca noche.

La única que quedó en la costa junto a su familia, fue Josefina, que de tanto llorar y pensar se quedó dormida casi sentada, a la vera de un pequeño fuego que habían prendido para no abandonar el lugar.

Por la mañana, vieron el humo y se acercaron otros pescadores, les había llegado la noticia del niño perdido. Sus caras eran tristes, se veía desde lejos que estaban con mucho dolor, porque en sus brazos traían a Cappí, encontrado río abajo enredado en un trasmallo.

Con mucho dolor, Josefina lo abrazó fuerte, luego quitó un pelo del niño, lo arrojó al fuego y comenzó a hablar en su idioma:

–Que nunca le pase eso a ningún niño o niña, para que la familia no sienta el dolor que siento yo.

Luego de un extenso velorio de dos eternos días, se lo llevaron al cementerio. La familia gitana sacudió sus pies para continuar su viaje y nunca más regresar y no pensar en lo que había sucedido. Luego de muchos años, un viejo pescador comentó esto que había visto y desde ese día se supo que este pueblo estaba protegido por el deseo de la mamá de Cappí, con la esperanza de que el pequeño cuidase de quienes se arrimaran a la orilla o de quienes navegasen en las traicioneras aguas del río.

El niño gitano sigue en el Cementerio Municipal y concede los buenos deseos a quienes van a visitarlo.

Maldición

Mención especial | 4º - 5º - 6º Educación Primaria

Autora: Pilar Muñoz

Esc. Nº 30 La Concordia

Departamento Diamante

Noche de luna llena en estancia “La Sarita”

Una tarde de invierno en que fui a visitar a mis abuelos, mirando fotos antiguas, encontré una donde estaba mi abuelo sentado en un portón de madera y delante de él había un letrero que decía estancia “La Sarita”. Lo miré y le pregunté dónde quedaba ese lugar y qué hacía él allí. Tomó la foto con sus cálidas manos, se sentó en un banco al lado del fogón y con un gesto me dijo que me acomodara a su lado.

Al sentarme, comenzó a narrar la historia: me contó que hacía años, cuando él era más joven trabajaba en “La Sarita” a pocos

kilómetros de Federal y que en ese lugar le había pasado algo muy raro...

Era una noche de luna llena. Un viernes para ser exacto. Estaba descansando, cuando de pronto escuchó un ruido en la parte de atrás de la casa justo donde se encontraba un gallinero, en ese momento los perros aullaban y las gallinas cacareaban muy fuerte. “Me levanté y fui a ver lo que sucedía; al acercarme comienzo a ver un bulto negro con orejas grandes. La criatura miró hacia mí y comenzó a correr muy rápido hacia la oscuridad del monte perdiéndose entre los árboles. Luego, muy atemorizado, regresé a la casa. Me acosté e intenté dormir, pero el pensamiento no me dejaba.

“Al día siguiente, le conté todo a un vecino de una estancia cercana. El hombre me dijo que se rumoreaba que el séptimo hijo varón de una mujer era lobizón, una bestia con metamorfosis de perro y cerdo, además de poseer un olor nauseabundo y desagradable, como mezcla de azufre y osamenta.

“Luego de ver pasar los días, todo transcurría normal, hasta que una fría noche de martes cuando estaba sentado junto al fuego, empezaron a aullar los perros. Rápidamente tomé mi escopeta y salí hacia afuera. Como la luna llena estaba justo en su punto medio no era necesario llevar una lámpara.

“El fervor del acontecimiento anterior me corría por las venas. Intenté dar unos pasos, parecía que el propio miedo me frenaba y mi mano se aferraba cada vez más al cuerpo platinado de mi escopeta. Recorrí unos pocos centímetros hacia la parte de atrás de la casa y al correr la mirada hacia arriba, lo vi: era el lobizón, tal y como me lo había relatado el vecino. Quedé inmóvil, tieso como un árbol. Lo miré y con mis manos temblando, apunté mi escopeta hacia la bestia, pero era tanto mi miedo que fallé el disparo... El estruendo fue tan fuerte que la criatura huyó nuevamente hacia el

campo y nunca más lo volví a ver, pero... los vecinos cuentan haberlo visto acechando otras estancias”.

Katag

*Primer premio | 1º - 2º - 3º Educación Secundaria
Autoras: Karen Oyuela, Alejandra Araceli Ortiz y Tomara Abril Gómez
Colegio Priv. Nº 201 José Manuel Estrada
Departamento Federal*

Una historia encantadora

Juan Ramón salió de trabajar muy cansado del tambo de los Velázquez, a eso de las cuatro de la tarde. Debía recorrer una legua a caballo para llegar a su casa, con el viento en contra. Había estado allí durante dos semanas cubriendo francos porque necesitaba dinero para comprar los remedios de su mamá que estaba enferma. Al llegar a su casa, se bajó del caballo, abrió la tranquera y entró caminando, llevándolo de tiro, luego lo ató a un árbol y le dio agua. Cuando ingresó a su casa, su hermana estaba haciendo pan casero, juntos prepararon el mate y fueron al dormitorio con su madre, ella estaba acostada, con mucha tos y fiebre. La enfermedad parecía agravarse y en la salita de Crucecitas Tercera no estaba el remedio que debía tomar. Entonces Juan Ramón, que era valiente y comedido, se dispuso a ir en búsqueda del medicamento, pues para eso había trabajado duro. El joven se bañó y salió rumbo al pueblo.

En el camino, escuchó música, parecía una chamarrita, para ser precisos, era su favorita: “Busco mi amor” del Conjunto Ivotí, se había encontrado con un baile que le hizo olvidar aquello que iba a comprar.

Sin dudarlo, saltó de su caballo y al querer atarlo al árbol, el animal se abalanzó dando un relincho y salió al galope. Esto le

resultó raro a Juan Ramón porque su caballo era muy manso. De todas maneras, eso no le impidió entrar al baile.

Al llegar al lugar, lo recibió una hermosa dama, que lucía un collar de perlas blancas que combinaban con el vestido que le llegaba hasta el piso. En sus manos, llevaba un anillo y su rostro era tan encantador que resaltaba su mirada. Al verla, fue un flechazo a primera vista, nunca había conocido a alguien igual.

La muchacha lo invitó a tomar una copa y a charlar un rato. La música seguía sonando y las horas parecían no pasar. Era como si se conocieran desde hacía mucho tiempo. Cuando Juan Ramón tuvo el valor suficiente, la invitó a bailar.

Ya cayendo la madrugada, de un momento para otro, la joven le dijo que se tenía que ir para la casa. Salió apurada antes de que amaneciera, sin decirle a él su nombre ni su dirección.

El muchacho la siguió por un largo rato, hasta que no la vio más, se había metido en un callejón, un lugar oscuro y abandonado. La música todavía se escuchaba, cuando de repente encontró una tapera y debajo de una palmera había una tumba. Al acercarse, vio el vestido, el collar y el anillo de la chica de la cual se había enamorado y junto a ellos, una lápida que tenía su foto.

Juan Ramón no podía creer lo que pasaba, ¡había bailado con un espíritu! Asustado, regresó hasta el baile a buscar su caballo, pero al llegar al lugar, ya no había nada.

Los panza verde

Primer premio | Educación Especial

*Autores: Claudio Joaquín Sánchez, Néstor Ariel Sánchez, Uriel Alexander Soto, Agustín Maximiliano Osorio, Ramiro Raúl Oertlin Merini, Ariel López, Ana Laureana Tognoli y Giannella Luz Caimer Godoy
Colegio Priv. Nº 8 El Arca de Noé
Departamento Nogoyá*

¡La Historia Jamás Contada!

En el sur de la provincia de Entre Ríos, más precisamente en la localidad de Ceibas, del departamento Islas del Ibicuy, se erige la estancia “La Peregrina”, es allí donde acontecieron los sucesos que vamos a relatar:

Ya había caído el sol y alumbrados por la luz del crepúsculo, acompañados del dolor en las entrañas, esos dolores que solo los conocen los que han vivido y sufrido en carne propia: el hambre, la desesperanza y la dureza del campo y decididos, salieron dos jóvenes a cazar mulitas para alimentarse, ya que lo poco que tenían se lo habían dejado a sus familias. La suerte no los acompañaba, no existe tal suerte en épocas de sequía, pero obstinados, tal como gaucho testarudo, decidieron armar una ranchada para guarecerse del denso rocío a la espera de su preciada presa. No volverían sin sustento.

Al transcurrir las horas, la oscuridad de la noche los acechó y comenzaron a sentir temor... de repente, el lamento de un niño los hizo erizar.

No sabían de dónde provenían esos paulatinos sollozos, deducían que, de ninguna manera posible, podría estar a la intemperie una criatura a esas altas horas de la noche y en medio de una espesa cerrazón. Buscaron en el lugar con una linterna, pero fue en vano, cuando se acercaron a un árbol el llanto cesaba; aterrizados, huyeron hasta que volvieron al páramo donde habían montado su ranchada.

Esa noche no pudieron dormir, recordando los sucesos y pensando si la imaginación perturbada por el miedo había trastocado los límites de la cordura.

Al otro día volvieron al lugar donde estaba el viraró, miraron hacia arriba y entre las ramas había un cajoncito de madera. Llenos de curiosidad treparon al árbol para alcanzarlo, quedaron

estupefactos al descubrir que en su interior yacía el cuerpo incorrupto de un bebé.

Pronto, los dos jóvenes acudieron al boliche más cercano a comprar un paquete de velas y prendieron un par al pie del árbol, para recordar con su luz el alma del angelito, ya que según la creencia, el alma pura de estos gurisitos ayuda a quienes los recuerdan, son los eternos angelitos del campo entrerriano.

Elegía

*Mención especial | Educación Especial
Autor: Miqueas Joel Ruiz
Centro Educativo Integral y Terapéutico Nº 9
Departamento Islas del Ibicuy*

El mito de Benito

Una noche más se acercaba, las chicas finalizaban el día como era habitual. Filas para buscar la cena, intercambio de charlas, preguntas, risas. En ocasiones el clima está un poco denso y se arma alguna pelea. Pero últimamente todo estaba tranquilo.

Hacía frío. Los pabellones superpoblados no brindaban calidez, sino que, al contrario, los cuerpos sentían el castigo del invierno y la soledad. Pero esa noche, un grupo se quedó hablando de sus cosas, mientras tomaban unos mates en la cama.

María lo sintió. El frío pasó por su frente y palideció. No era raro sentir su presencia, de hecho la mayoría había tenido alguna que otra experiencia con él. Ella sintió cómo el colchón se había hundido a su espalda. Por momentos pensó vagamente que Gladis estaba haciéndole una broma, pero a la vez escuchó la voz de ella que venía apresurada por el pasillo, arrastrando las pantuflas y charlando con su tono gritón y se le heló la sangre.

Las historias del penal son difíciles de creer, tanto para los que escuchan versiones desde afuera como para quienes tienen la experiencia de vivirlas en carne propia. Las “nuevas” cuando llegan tienen que escuchar desde el principio la advertencia: “Cuidado con Benito”, “te va a visitar Benito”, y cosas similares que generalmente uno nunca sabe cómo tomarlo, si como broma, burla o solo como un aviso de lo que seguro va a suceder. Algunas chicas se asustan, algunas lo toman como broma, pero lo cierto es que al pasar los días, empiezan a pasar cosas inexplicables, más a las “nuevas”, las que recién ingresan y sienten miedo.

El tema es que más de una, cuando duerme, siente cómo ese ser la molesta de alguna manera. Las internas quedan como paralizadas, no pueden gritar ni moverse para pedir auxilio. Pero Vanina las escucha, oye esa voz ahogada, apenas audible que la llama, que solo ella puede escuchar, se persigna y se dirige hacia ese lugar, siente “frío” al pasar cerca de él, entonces empieza una oración y esa presencia se va. Pero cuesta echarla.

María despierta llorando, muy asustada, cuenta entre sollozos que él la llevó a un lugar feo, parecía un hospital abandonado, oscuro y húmedo, y que la ahorcaba con sus manos heladas, y que a través de la penumbra logró ver el rostro de una persona fea, impregnada con olor a tabaco y con un sombrero negro. María sintió terror. El mismo terror que sentía al seguir a oscuras en el pabellón, era difícil quitarse esa imagen de la cabeza.

El penal es un edificio antiguo, con pabellones grandes, altos, fríos, con poca ventilación y entrada de luz natural, cargados de una pesadez, una densidad que pesa sobre los hombros. Quizás los martirios que se padecieron en otras épocas pasadas en este lugar son los que siguen rondando y no se pueden ir, ese dolor y sufrimiento quedaron impregnados y aún hoy se continúa con estos sentimientos. Los pabellones están uno a continuación de otro, las camas cuchetas demasiado juntas, y a esto se le suma el

aprender a convivir de esta manera, sin elección y soportando cosas que más de una no quisiera.

En este clima, Lucía sintió cómo este hombre le pasaba las manos por las piernas y le susurraba que no tuviese miedo; se sentó sobre los pies de su cama y las frazadas se hundieron. Ella al principio se asustó, pero luego por su experiencia se dio cuenta de que solo a los vivos había que temerles. No sé, tal vez él puede intuir lo que la persona siente, el hecho fue que el termo que estaba sobre la mesa de luz voló y cayó a unos metros, y también les movió la silla que estaba en el camino. Benito se había ido.

Por todas estas cosas, Soledad tenía terror cada noche. Vanina le había dicho que durmiera con la Biblia debajo de la almohada para que se sintiera más tranquila y protegida. Pero una vez, paralizada, la llamaba para que le sacara lo que tenía encima de ella, ese peso que la aplastaba y no le permitía moverse, y que forcejeaba por sacarle la Biblia. No estando conforme con esto, también le tiraba de los pies y la destapaba. Pánico sentía Soledad, en ocasiones, cuando creía haber dormido tranquila, el miedo volvía al sentarse en la cama y al ver sus prendas en el piso. Las mismas con las que se había acostado la noche anterior. Y algo similar le había ocurrido a Sandra, a Lorena y a otras más.

En la madrugada de un día de julio, Carmen despertó en un grito, en sueños la levantó en el aire y la dejó caer, le azotó la cabeza en la puerta. Era un papel de blanca. Una vez más, ante los gritos se escucharon los candados, las rejas que se abrían, se prendieron las luces y entraron las celadoras a ver qué sucedía.

Esa sombra, esa imagen con sombrero, en penumbras recorrió y continuaba caminando por cada sitio. Aparecía parada en las puertas, se la veía por los pasillos, dejando entrever su presencia o sintiendo el olor a humo de tabaco.

Y por si no fuera poca la angustia de quienes tienen que sobrellevar esta situación, viviendo el abandono y separación,

también convive “esa señora” con su atuendo blanco, confundiendo en primera instancia con alguna chica del pabellón, poniéndose cremas, caminando entre las camas, yéndose por los pasillos. El llanto se escucha, traspasa paredes y llega a oírse desde las oficinas de adelante. No solo las internas lo escuchan... otros también.

Y el niño... una y otra vez. Naty se quedó asombrada, asustada quizás cuando escuchó a Teresa decir:

– ¡Bueno, ya está, ahora andate! –intrigada, le preguntó a quién le hablaba.

Y Tere le dijo:

– ¿Al nene, no lo ves? Ya dio tres vueltas en la mesa, por eso le dije que se fuera.

Natalia creyó morir. Lo cierto es que en muchas ocasiones se lo ve, se lo escucha...

– ¿Y en el pabellón uno y dos? –agrega Laura–, cada vez que se aproximan las Fiestas entran esos grandes pájaros, que entre sombras negras y blancas luchan entre ellos.

Nadie sabe por qué pasan estas cosas... es algo que hasta ahora no tiene explicación.

Primer premio | Educación en Contexto de Encierro

Autoras: María Arce, Rita Barrios, Elda Liliana Balla, Sandra Córdoba, Gisela Duarte, Karina González, Graciela González, Cintia Rodríguez y Susana

Pesoa

Esc. Primaria de Jóvenes y Adultos N° 27 Vicente Fidel López

Departamento Paraná

LEYENDAS

Noche misteriosa en Entre Ríos

Hace mucho tiempo, en un monte, vivía una viejita sola, en una cabaña pequeña, algo despintada que reflejaba el paso de los años. Tenía alguna que otra gotera que se hacía sentir en el piso o en arruinadas vasijas. Esas goteras resonaban al ritmo de la lluvia en aquellos días en que el sol no alumbraba y en las noches que no son iluminadas por las estrellas, que con tanta belleza y esplendor, se observan en los extensos campos entrerrianos, tan amplios como el cielo.

La anciana, todas las noches y antes de irse a dormir, se tomaba unos sabrosos mates, con agua sacada del aljibe y comía un pedazo de pan, amasado con sus propias manos que cocinaba en su horno de adobe. Desde lejos se podía visualizar un hilo de humo suave y olfatear un delicioso olor a pan recién horneado.

Una noche no fue como todas las noches, le pasó algo muy extraño, comenzó a escuchar ruidos. Llover no llovía, así que las goteras no eran, su panza estaba llena y no sonaba como en otras oportunidades, pidiendo algún sustento para calmar el hambre.

Se quedó más atenta, agudizando el oído; el ruido venía de afuera, así que se levantó de la silla, algo temerosa, respiró hondo, se ajustó el delantal, buscó la linterna y con pasos firmes se dirigió hacia la puerta. Tocó el picaporte, pensó, tomó otra bocanada de aire y salió. Observó un buen rato, alumbró alrededor de su casa, pero no vio nada ni a nadie. Ingresó nuevamente, arrimó unos troncos al fogón y cuando se disponía a sentarse, se sobresaltó al escuchar que sus dos perros aullaban. Volvió a salir, alumbró y pudo vislumbrar algo como una sombra, entre pastizales, espinillos y una pequeña plantación de eucaliptos. “Para ser comadreja es muy grande, quizás un carpincho gigante”, pensó. Lo veía a unos doce metros aproximadamente, detrás del arroyo Feliciano que pasa cerca de la cabaña de doña Elisa, embellecido

con la variedad de especies animales y vegetales, entre lagunas y bañados.

“La solapa no puede ser porque por lo que tengo entendido anda a la hora de la siesta, no de noche”, se decía doña Elisa.

La sombra comenzó a acercarse, cruzó el arroyo como si nada y ahí fue cuando la señora vio, sumamente aterrorizada, algo horripilante, feo y se dio cuenta de que era el lobisón, tantas veces había oído hablar de él y ahora lo conocía en persona.

Doña Elisa se metió rápidamente adentro, el corazón le latía fuertemente y sus ojos parecían salirse de la cara, con manos temblorosas cerró la puerta con llave y pasador y quedó aguardando con desconfianza. Transcurrieron unos segundos que parecieron horas y horas de espera, cuando comenzó a sentirse la puerta que pretendía ser destrabada por ese hombre monstruoso. Insistió, insistió, hasta que la puerta crujió, abriéndose y dando lugar a la entrada del conocido vulgarmente como el lobisón. La anciana estaba escondida en un rincón de la casa con un arma con balas de plata, al verse descubierta por la fiera, trató de defender su vida, hiriéndola con un tiro que le pegó en su brazo izquierdo. Tirado en el piso por el dolor, doña Elisa se acercó y ya comenzaba a amanecer. El lobisón se “des-transformó” y para gran asombro de la anciana, había sido su vecino.

Primer premio | 1º - 2º - 3º Educación Primaria

Autor: Diego Benjamín González

Esc. N° 50 Naciones Unidas

Departamento Tala

El zorro de monte

Había una vez una niña llamada Eclipsa, ella vivía en el medio de la nada. Tenía una familia muy grande. No todos eran iguales, Eclipsa era diferente, a ella le encantaba la música, el arte y para ser sincera, el arte para ella era todo. También le encantaba bailar y cantar, su estilo era único, muy distinguido.

Le gustaba la naturaleza, así que la mayor parte del tiempo estaba en un monte precioso. Ahí se sentía libre de ser como era. Ella quería ser alguien muy importante, quería dejar su huella en el mundo.

Un día vio un anuncio de un concurso de talentos que le interesó mucho, iba a bailar, así que para no molestar a nadie fue al monte a practicar. Mientras practicaba, el tiempo volaba, se hizo de noche y Eclipsa no se había dado cuenta de que estaba todo oscuro, no se veía nada. Digamos que le dio un poco de miedo por estar expuesta a animales salvajes. No era una opción quedarse, pero tampoco era seguro caminar en la oscuridad, así que decidió ir a un lugar confiable.

En el camino vio que algo se movía entre los arbustos y de repente de allí salió una mujer muy bella y le dijo:

– Ven conmigo.

Eclipsa no confiaba en extraños, así que le respondió:

– No, gracias, estoy bien.

La mujer la tomó del brazo con fuerza y se la llevó.

– Haremos un trato, tú bailas para mí y te dejo ir.

Eclipsa lo pensó y aceptó, no le quedaba otra. Bailó y la mujer le dio una comida rara. Mientras ella reía, Eclipsa se convirtió en una criatura extraña y se fue corriendo. A la mañana se vio en cuatro patas y cubierta de pelos.

La mujer apareció y dijo:

– Ahora cada vez que bailes te convertirás en un zorro de monte y

vivirás aquí.

Eclipsa estaba aterrada, pero se sentía feliz y le agradeció. Y así se creó el zorro de monte.

Milma

*Primer premio | 4º - 5º - 6º Educación Primaria
Autora: Jazmín Milagros Mayer
Esc. Normal Superior Nº 3 Bernardino Rivadavia
Departamento Paraná*

La leyenda de la solapa

Hace mucho tiempo, en los campos de Entre Ríos, había un ave preciosa, imponente y enteramente blanca. Se creía la más linda de todos los pájaros de la extensa llanura entrerriana. Se creía tan especial que no le hablaba a las otras aves y ni siquiera las miraba. Los otros pájaros se ponían tristes por su actitud, pero con el tiempo se acostumbraron y la dejaron sola.

Un día, un gran carancho negro llegó avisando y chillando que se venía una gran tormenta, pero ella no le hizo caso, no quiso escucharlo y siguió con sus cosas, comiendo y ordenando sus lindas plumas.

Todos los otros animalitos del bosque que sí habían escuchado al carancho hablar de la tormenta se escondieron en sus cuevas para protegerse.

Pero ella seguía a la orilla del lago muy tranquila. Entonces empezó a caer mucha agua del cielo y un granizo muy grande y frío, también un viento fuerte que sopló por largo rato hasta que paró de llover.

El ave, muy lastimada, se miró en un laguito y estaba desplumada y pálida. Se puso a llorar y a pensar que antes era tan linda y ahora, se veía tan fea.

–Debo hacer algo para que las aves me quieran –pensó.

Ella veía cómo los niños a la hora de la siesta le tiraban piedras con la gomera a los pajaritos y para disculparse por cómo se había comportado anteriormente, atacaba a los niños o se los llevaba lejos.

Y desde ese día su nombre cambió y las palomas cantan a la hora de la siesta anunciando que viene la solapa. ¡TENGAN CUIDADO!

Majala

Mención especial | 4º - 5º - 6º Educación Primaria

Autora: María Jael Laferrara

Esc. Nº 5 Patricios

Departamento Diamante

La leyenda del Río Paraná

A mediados del siglo XV, en la ciudad de Paraná, vivían Aramí, que significa “cielito” e Itatí, que significa “piedra blanca”, dos hermanos guaraníes.

Un día, los hermanos decidieron salir de aventura. Tomaron sus cosas y empezaron a caminar sin rumbo fijo. Luego de unas horas de recorrer el camino del sol, llegaron a un lugar misterioso, nunca antes visto y menos aún explorado. Avanzaron un poco más hasta encontrarse con un río.

Aramí e Itatí estaban muy confundidos, no sabían qué era ese enorme lugar cubierto de agua marrón.

–Es un lago –dijo el muchacho.

–¡No!, es un río –dijo la niña.

Sin ponerse de acuerdo, regresaron a su hogar antes de que los atrapara la noche.

Empezaron el día recolectando frutos para el desayuno. Luego Aramí fue a pescar, pero un pez gigante lo arrastró hasta el medio del gran río. El pequeño gritaba desesperado:

—¡Ayuda, socorro!

Al escuchar los gritos, la hermana intentó buscar elementos para sacar a su hermano del agua. De la nada salió una mujer de la tribu tupí, de nombre Paraná, empezó a nadar para salvar al pequeño y lo devolvió a la costa sano y salvo.

Desde ese momento, aquellas aguas marrones reciben el nombre de Paraná que significa “pariente del mar”.

Emilia C.

*Mención especial | 4º - 5º - 6º Educación Primaria
Autor: Emilia Lucía Tastrillon Ramos
Colegio Priv. Nº 237 Instituto Sur
Departamento Paraná*

El Solitario

Esta historia sucedió en un monte cercano a un pueblo de Entre Ríos. Allí vivía un hombre de aspecto rudo, de ceño fruncido, de pocas palabras y corajudo para situaciones que lo requerían. Vivía de las pieles y de la pesca.

Cada mañana el don se preparaba un mate a eso de las cinco de la mañana, comía un trozo de pan casero, mientras alistaba sus armas y las redes de pesca, cuando tenía todo listo marchaba rumbeando al río.

Con su canoa pasaba de punta a punta tendiendo el trasmallo. Mientras esperaba en la isla se dedicaba a la cacería de jabalíes, nutrias y carpinchos. Pero don Mario no sabía el mal que causaba, matando desde pequeños animales, hasta peces chicos.

A la nohecita levantaba su trasmallo con toda la pesca del día.

Nunca tomó conciencia del daño que ocasionaba a la fauna, que le daba una mano para salir de su pobreza del día a día.

Cierta vez llegó un viejo amigo de su niñez llamado Juan, que vivía y trabajaba en Misiones. Hablaron y su amigo le preguntó:

– Che, ¿y cómo va el trabajo?

– Bien, no he tenido tiempo de llevarlo pal’ pueblo. ¿Querés ver?

– Dale.

Se fueron al lugar donde guardaba toda la caza y la pesca.

– Acá está –dijo Mario.

– ¡Pero esto es una masacre!, son todos chicos. ¿Vos sabés lo que es cuidar? –preguntó preocupado Juan.

– Pero si abundan...

– Te va a maldecir el Pombero.

– ¿Qué decís? Ya te lavaron la cabeza, chamigo.

- No estoy bromeando, es un ser muy poderoso que defiende la fauna y la flora del monte.

Mario se empezó a preocupar y en su interior sintió miedo.

Llegó la noche y despidió a su amigo con un fuerte abrazo, quién sabe qué tiempo pasaría para volver a encontrarse. Mario ya estaba acostado, cuando de pronto escuchó ruidos provenientes del patio. Se vistió rápidamente y con un arma en la mano salió pensando que alguien le había entrado a robar, no veía nada y comenzó a caminar, gritando:

– ¿Quién anda *ay*³?

Sin darse cuenta, comenzó a perderse en el monte, siguiendo el sonido de un silbido. De pronto, pasó lo que le dijo su amigo y le agarró un *julepe*⁴. Gritaba pidiendo perdón nombrando al

³ Esta palabra y otras más están mal escritas a propósito para imitar la pronunciación rural y el dialecto de esa zona.

⁴ Palabra coloquial utilizada en zonas rurales de Entre Ríos para hacer referencia al miedo o al pánico.

Pombero, por todo el daño que había hecho y prometió cazar y pescar conscientemente.

Volvió a su casa agradeciendo a Dios por seguir con vida. Actualmente, Mario le da ofrendas al Pombero para que lo ayude a obtener presas grandes, preservando la naturaleza.

Willy

*Primer premio | Ciclo Básico Educación Secundaria
Autor: Fabián Sprez
Esc. Secundaria Nº 11 Agustín de la Tijera
Departamento Diamante*

Entre Ríos tiene sus misterios

En el Río Paraná, un día, apareció un indio que deambulaba en su canoa, en busca de alimento. Todos los pescadores que habitualmente pescaban en el río se preguntaban quién era, porque era raro. Vestía con ropas extrañas, tenía facciones muy marcadas y los pómulos pintados.

Un día se acercaron a hablarle, pero él siguió su camino.

Al otro día le volvieron a preguntar y no les respondió nada. Solo los miró y se fue.

Y de repente, así como apareció, desapareció. Nadie lo volvió a ver jamás.

Lo raro de la situación es que mientras él estaba en la zona, la pesca era abundante. Había peces por todos lados, que saltaban en el agua alegremente. Dorados, surubíes y patíes eran atrapados por los entusiastas pescadores que vieron una mejora en su economía familiar.

Cuando se fue, la pesca volvió a ser difícil, apenas unos pececitos para comer en casa, de poco tamaño.

Pasaron los años, el recuerdo del hombre y de la excelente temporada de pesca, no fueron olvidados. Pero nadie lo volvió a ver y se tejieron muchas historias en torno a su figura. Llegaron a pensar que era un espíritu especial.

Algunos pensaban que era guaraní por su forma de cantar, o tal vez chaná por sus tatuajes y dibujos en el cuerpo o charrúa porque él pescaba con arco y flecha.

Producto de la tradición oral, hasta el día de hoy los pescadores piensan en esa aparición benevolente. Por eso lo veneran, en el inicio de cada temporada, con canoas llenas de peces y flores, invocando su ayuda para tener suerte y poder regresar sanos y salvos a sus hogares.

Tato

Mención especial | Ciclo Básico Educación Secundaria

Autor: Javier Agustín Auer

Esc. Secundaria N° 14 Arturo Gaggia

Departamento Colón

La mora

Hace mucho tiempo, una chica llamada Mora vivía alejada de la Ciudad de Colón, en un pequeño pueblo donde había pocas casas y mucho campo. Trasladarse a Colón resultaba costoso y Mora era muy humilde.

Un día se enfermó y se asustó tanto que comenzó a pedir ayuda, ninguno de sus vecinos pudo escuchar nada, por lo que decidió con sus pocas fuerzas caminar hacia la ciudad, quizás en el trayecto encontrase a alguien. Como hacía mucho frío y estaba llovisnando, se cubrió con una manta de color morado para poder soportar el largo camino.

En el transcurso del viaje, Mora se debilitaba cada vez más, hasta que llegó al borde de una carretera, se desvaneció y murió. Esa noche llovió muy fuerte, pero al amanecer el sol alumbraba chispeante las calles y los vecinos comenzaron a salir. Cuando cruzaron por el lugar donde Mora había muerto, solo encontraron su manta morada que bordeaba un árbol que no conocían.

Los vecinos nunca supieron qué sucedió con Mora, pero cada vez que miran a ese árbol sienten que ella vive en él y que cada año, en el mes preferido de la joven, les regala unos frutos de color morado que se asemejan al color de su manta.

*Mención especial | Ciclo Básico Educación Secundaria
Autoras: Brisa Álvarez y Milagros Martínez
Esc. Secundaria de Jóvenes y Adultos N° 5 Ángel Luisi
Departamento Colón*

El amor es más fuerte

Por allá en la edad antigua, en algún sitio de América, ya hace muchos años de aquel entonces, ocurrió algo que marcó de por vida a dos tribus. Era un bosque grande, hermoso en su interior, que estaba dividido por la mitad a causa de que las tribus que habitaban allí tenían varias diferencias, a tal punto que no podían convivir todos en el mismo lugar.

La tribu guaraní tenía a un joven llamado Tristán, era el más fuerte de todos los muchachos de ella, era bondadoso, siempre estaba ayudando. Era el preferido del rey, ya que él lo veía como un padre, seguía sus pasos y esperaba ser como él algún día.

Todos los de la tribu hablaban bien de su superior, por lo buena persona que era. No paraba de ayudar ni un segundo, siempre que podía lo hacía.

Un día Tristán, que era bastante distraído, salió detrás de un animal de cuatro patas al cual, según él, quería ayudar. No estaba notando a dónde era que se estaba dirigiendo hasta que en un momento no pudo caminar más. Lo que se encontraba ante sus ojos era un inmenso río que dividía el bosque. Pero para su asombro notó que había otro río que casi se juntaba. Era una maravilla estar ante la presencia de este espectáculo natural.

Los nombres de los ríos eran Guayquiraró y Mocoretá. En donde empezaba el Guayquiraró terminaba el Mocoretá que tomaba su lugar en forma vertical, como formando una "T". Pero por alguna razón sus aguas eran distintas, no se juntaban.

Al día siguiente cuando Tristán volvió al mismo lugar de los ríos, se encontró con algo inesperado. En las orillas del río Mocoretá halló a Siguanaba, una joven muchacha de la tribu enemiga, era hermosa tanto por dentro como por fuera, tenía un corazón enorme. Al igual que Tristán era querida por toda su tribu, por ser siempre alegre y hacer reír a todos aquellos que estaban mal. Le gustaba muchísimo cantar, y lo hacía muy bien, ella decía que lo había heredado de su mamá... cada vez que lo decía una lágrima mojaba su mejilla.

Se parecían demasiado esos jóvenes, eran como dos gotas de agua, separadas al caer.

Un día después de haber compartido tantas cosas, entre charla y charla salió el tema de sus familias. Un tema doloroso para los dos.

Empezó hablando Tristán:

– Es doloroso tener que explicar, éramos tan felices y en un segundo todo se destruyó. Yo vivo con mi mamá, ya que a mi hermana y a mi papá los perdimos varios años atrás. Hace mucho que no sabemos nada de ellos, los buscamos por bastante tiempo, pero luego mamá enfermó, y no nos dieron ánimos de seguir.

Ella, con lágrimas en los ojos, le hizo una pregunta que la estaba poniendo incómoda, con necesidad de saber la respuesta...

– ¿Cómo es el nombre de tu mamá? –dijo ella.

Él le contestó el nombre de la madre. Luego otra pregunta invadió la mente de la joven:

– ¿Y el nombre de tu papá? –dijo la joven.

El muchacho volvió a contestar aquella rara pregunta. Todo quedó en silencio, solo se podía oír a los pájaros y a las aguas de aquellos dos inmensos ríos.

La joven lo abrazó y lloró, él le preguntó qué era lo que le sucedía y ella contestó:

– Soy tu hermana, esa que perdiste hace muchos años.

Él no pudo contestar, solo lloró y la abrazó aún más fuerte.

En ese preciso momento se empezaron a escuchar ruidos en la tierra, lo que sucedía era que los ríos que allí estaban se habían unido, sus aguas se hicieron una sola, el color celeste se hizo azul con mayor intensidad.

Su familia y sus tribus se volvieron a unir.

Y ellos, mirándose a los ojos, se dijeron:

– Nunca nos volverán a separar, ni la distancia ni los ríos lo harán.

Primer premio | Ciclo Orientado Educación Secundaria

Autora: Itatí Bassin

Esc. Secundaria N° 20

Departamento Gualeguaychú

Frutos de Yatay

Una joven, prisionera de su propio padre, obligada a trabajar en los quehaceres del campo, como también obligada a casarse con un hombre a quien no amaba y de quien no recibía respeto, salió en busca de su libertad.

No fue una decisión fácil para ella, debido a que en ese momento, las mujeres eran pertenencia de su padre, y al casarse pasaban a serlo de sus maridos. Pero ya no aguantaba, ya no quería soportar ni un día más la prisión en la que estaba viviendo. Entonces, tomó un hermoso caballo, con una larga cabellera dorada, y una bolsa con frutos de palmeras “Yatay” y emprendió viaje, no sabía cuál era su destino, pero sí sabía a dónde no quería volver.

Pasaron apenas un par de horas para que el padre notara la ausencia de la joven. Desesperado, agarró su caballo negro y salió a buscar a su hija. Al tomar el camino, vio en el suelo las huellas del caballo de la joven. Ella, ya agotada del viaje, frenó bajo un enorme árbol, que brindaba sombra perfecta para tomar un descanso. Pasaron las horas, y fue así como en el horizonte, ella notó que un caballo se acercaba. No pasaron muchos segundos para que pudiera reconocer que era su padre, entonces montó su equino y salió galopando para escapar de él. En esa desenfundada carrera, los frutos comenzaron a caerse y a enterrarse por las pisadas del caballo que venía detrás.

Cuenta la leyenda, que de cada fruto nació una palmera y así con los años fueron multiplicándose hasta el día de hoy, donde un maravilloso bosque de palmeras se presenta al mundo, con su misterio y su magia.

Lo que nunca se supo, es dónde llegó aquella joven y cómo continuó su vida.

Vale

Mención especial | Ciclo Orientado Educación Secundaria

Autor: Valentina Landoni

Colegio Priv. Nº 162 Nueva Escuela Acuarelas Siglo XXI

Departamento Concordia

Eduardo

El frío hacía temblar mis dientes, las medias pegadas a mis pies y la niebla abrazaban la serenidad de la ruta en invierno, volvíamos con mis padres y mi hermano de Entre Ríos, mis abuelos cumplían cincuenta años de casados y la mesa grande no faltó. Yo estaba contenta, no veía la hora de regresar, no me agradan mucho las reuniones familiares. Eran las tres de la madrugada, mi viejo al volante, todos bastante cansados. En el camino nos encontramos con un paisano, no dudamos en levantarlo. Se llamaba Eduardo, nos contó que trabajaba en una estancia cercana y que hacía dedo todos los días. Entre mate y mate se nos iba la madrugada, a lo lejos asomaba el casco de una vieja casona, inmediatamente Eduardo preguntó: – ¿Conocen ese lugar?

A lo que desinteresadamente respondimos que no.

– Dicen que acá pasan cosas raras –afirmó nervioso.

– ¿Cosas raras?

– Sí, cosas raras, ¿acaso no conocen su historia? Hace muchos años aquí vivió una mujer chilena, tenía mucho dinero, era muy ambiciosa y egoísta; sus empleados cansados de los malos tratos decidieron tomar venganza; una noche lluviosa ingresaron a su habitación con motivo de un asalto, ella tenía una caja fuerte escondida en la casa, pero ante la negación, la degollaron llevándose ni más ni menos que sus ropas manchadas en sangre. Muchos buscaron el tesoro por años, sin encontrar ni un solo rastro de él. La gente aventurada que ingresa a la casa sale con una sensación rara, sienten que los observan, escuchan ruidos y hasta afirman ver a una señora de blanco en uno de los balcones. También otras experiencias paranormales atormentan a la población rural, un vecino de un campo cercano ve todas las noches luces de colores que asoman por la ventana superior del casco, pero al acercarse las mismas desaparecen. Otros tuvieron

malas experiencias sobre el arroyo que cruza por la casa, canoas y balsas en el fondo del agua tienen una historia atrapante, ven siluetas y gritos que desaparecen entre las curvas del arroyo. Nos miramos todos asombrados, siempre nos interesaron los temas paranormales. – Señor Eduardo, ¿conoce más historias? – inmediatamente tomé una libreta de la guantera y comencé a escribir, detalle por detalle. En un momento sentí el camino inestable, papá se había dormido, mamá gritaba queriendo tomar el control del auto pero ya era tarde, despistamos y el vehículo dio dos vueltas, ya no recuerdo nada más. Un poco dolorida, desperté acá, en una sala blanca, con las paredes un poco sucias. Pude darme cuenta por el olor que era un hospital, el olor a hospital inconfundible, que te cierra la garganta. Inmediatamente, un oficial de la policía se me acercó, yo, un poco confundida, le pregunté las razones por las que me encontraba ahí; él con la mirada centrada en el piso, dejó las pertenencias de mis padres y de mi hermano sobre la cama. Sentí que me moría, estaba comprendiendo todo, estaba sola. Al rato, un segundo oficial ingresó a la habitación con las demás pertenencias en una pequeña caja de madera, pero no estaba la libreta escrita la noche anterior, y pregunté por Eduardo.

– ¿Eduardo? – cuestionó el oficial. – Sí, Eduardo, viajaba con nosotros, un paisano de la zona, ¿él está bien?

Los policías se miraron un poco desentendidos y conmocionados por el hecho, a lo que respondieron: – Solo viajaban ustedes cuatro, no existe el paisano Eduardo.

24 de julio, 2015. Declaración y reconstrucción de los hechos. Comisaría N° 5, Maciá.

*Mención especial | Ciclo Orientado Educación Secundaria
Autor: Lucas Schulteiss
Esc. Secundaria N° 2 José María Paz
Departamento Tala*

La leyenda del Carau

Cuenta la leyenda que el Carau fue un muchacho muy apuesto, vivía con su mamá, pero esta un día se enfermó y se puso muy mal. Carau la atendía con medicaciones caseras y al no tener mejoras, una tarde marchó al pueblo, que se encuentra entre Britos y Almada. Este era el más cercano, pero quedaba a varias leguas de su rancho. En el camino encontró una casa y había baile, él se acercó y se confundió enseguida con los bailarines, y ahí conoció a una muchacha que le coqueteaba, porque él sobresalía entre todos por su postura y elegancia. Olvidando por completo la enfermedad de su madre, bailó toda la noche hasta la madrugada, cuando un amigo le trajo la noticia de que su mamá había muerto, el Carau respondió:

– ¡No importa, amigo, hay tiempo para llorar!

Pero lo atormentó tanto el remordimiento que se fue del baile para hacerse cargo de su mamá muerta. Por eso cuenta la leyenda que por mucho tiempo anduvo por el pago sin hallar consuelo, usando ropa oscura que ya estaba desgastada y desteñida por usarla a la intemperie. Se le hizo trizas la ropa, transformándosele en plumas. Los brazos se le volvieron alas y el cuerpo se le transformó en forma de ave, y se largó a vivir a los esteros. Cuenta la leyenda que la muchacha que bailó con él en el baile también se convirtió en ave, siendo la hembra del Carau (LA POLEONA) y desde ese momento, lo acompaña en su constante andar.

Laju

Mención especial | Ciclo Orientado Educación Secundaria

Autor: Juliana Melgar

Esc. Secundaria N° 20

Departamento Gualeguaychú

La leyenda de la solapa

En una aldea de Entre Ríos había unos niños que se portaban mal a la siesta, y no dejaban a la gente que descansara para luego volver a trabajar.

Una tarde, mientras los chicos molestaban, apareció bajando de la loma la solapa.

Los chicos para ser perdonados rezaron y la solapa se fue.

Primer premio | Educación Especial

Autor: Gerónimo García

Esc. Secundaria Nº 9 Manuel Belgrano

Departamento Gualeguay

La leyenda del fantasma del penal de Paraná, un preso más

Las pesadas rejas del penal se van cerrando. Los guardias hacen su recorrido habitual y una densidad de sonidos metálicos de hierros, portones y llaves se expanden en la oscuridad hasta que lentamente el silencio intenta ser cómplice de otra interminable noche en la tumba⁵.

Los árboles están quietos. No hay aire, parece. Los reflectores crean una iluminación horrible, triste, invasora, que expone y desnuda sin pudor todo lo que tiene enfrente. Provocan una tensa quietud mientras abrillantan los alambres de púa que coronan los muros.

– ¿Qué es ese ruido? –pregunta sobresaltada “Kiko”, quien se aloja en un pabellón cercano a la celda nueve–. Ese ruido, ¡escuchá! En la nueve... ¡Pero si no hay nadie ahí!

⁵Tumba: Cárcel.

– Otra vez el fantasma –dijo Orteguita, un preso viejo–, pero no pasa nada. Anda así unas noches y después no aparece por un tiempo.

Es el famoso fantasma de la cárcel, que busca hace ya mucho tiempo fugarse de la Unidad Penal Nº 1, de la ciudad de Paraná, provincia de Entre Ríos, Argentina.

Algunos dicen que fue un interno que se suicidó en la celda nueve, y que su fantasma quedó preso, e intenta escaparse desde entonces.

Muchos intentos de fuga, pero no se sabe por qué razón aún sigue vagando por el penal.

Lo han visto cerca de la iglesia, atrás de la cocina, en la celda nueve, en la celda cuatro, en el galpón de industria y hasta una vez llegó al puesto uno, casi al borde de la salida, pero no logró atravesar el portón.

Una noche, los ruidos extraños de puertas y ventanas que se cerraban solas se multiplicaron.

– Esta noche se va, estoy seguro –dijo el ruso Sthan, del pabellón tres.

– Sí –dijeron otros–, esta noche se toma el palo.

Todos estaban pendientes, esperando que pudiera ganar la calle. Según los dichos de varios internos y algunos penitenciarios, en las largas noches y durante la madrugada, antes del recuento, suelen escucharse ruidos de cadenas, de llaves, golpes de chapones sin que se pueda observar a nadie. También se dice que algunos han visto un hombre con piloto, atravesar el patio del penal, en la oscuridad, desapareciendo de golpe.

En ocasiones aparece en los pabellones una sombra masculina, siempre de noche.

Para quienes lo conocen, lo toman con naturalidad.

No así los “primarios”⁶ o aquellos que se “engoman”⁷. Se asustan tanto que hasta dejan de lado las necesidades que tienen, por ejemplo, de ir al baño, de dirigirse al patio, y otras cosas, justo a la hora en que todo se oscurece.

Otros aseguran sentir la presencia de un alma en pena en los calabozos, a veces en la celda cuatro, donde un hombre, por el año 1985 se quitó la vida, ahorcándose con una sábana. Lo mismo en la celda nueve.

– No pudo salir en libertad ni muerto, –dijo Cardozo, del pabellón dos–. Es un preso más.

Pero una noche los ruidos y las apariciones se multiplicaron. Puertas, ventanas y chapones se abrían y se cerraban. Se escuchaban pasos, corridas, gritos extraños, palabras que no se entendían.

¡Todos estaban asomados atrás de las rejas esperando el gran día!

¡En realidad, la gran noche! ¡La de la fuga definitiva!

Como a las tres de la mañana, los perros comenzaron a ladrar como nunca. Los guardias se pusieron en alerta inmediatamente. De pronto se vio a un hombre de piloto largo atravesando la cancha de fútbol.

– ¡Es el fantasma! –dijo uno de los guardias.

– ¡Qué va a ser el fantasma, déjense de pavadas, no ven que es un interno que se quiere escapar! –gritó un oficial.

Y enseguida se armó el operativo. Varios guardias salieron a perseguirlo. Lograron atraparlo. Pero cuando iluminaron con sus linternas, solo estaba el piloto húmedo del rocío, tirado en el césped de la cancha.

– ¡El portón está abierto! –gritó el guardia del puesto uno.

– ¡Se escapó, se escapó!

⁶ Primarios: presos recién ingresados y por primera vez.

⁷ Engomarse: Quedarse encerrado por opción. No salir de la celda o el pabellón.

Hicieron el recuento.

No faltaba nadie.

Bueno, sí, faltaba uno... ¡¡EL FANTASMA!!

Primer premio | Educación en Contexto de Encierro

*Autores: Martín Julio Zabal, Sergio David Molina, Gustavo Javier Pinto,
Roberto Mauricio Taborda, Juan Sebastián Segovia, Rodrigo Duarte y Luis
Javier Zhaer*

*Esc. Primaria de Jóvenes y Adultos N° 27 Vicente Fidel López
Departamento Paraná*

Las siete colinas

En América todos tenemos algo de sangre originaria.

Algunos en las venas y otros en las manos.

Eduardo Galeano

Tiempo atrás, caminando por el mercado de Victoria, volví a escuchar los rumores sobre los eventos ocurridos en el Cerro de La Matanza: que en la noche cerrada la tierra tiembla, que las sombras de los ancestros merodean, que ya son muchos los testigos del caso.

Por supuesto, la historiografía ha escrito su versión sobre lo que, oficialmente, denomina fundación, pues toda ciudad civilizada debe tener su propio relato de origen, con datos de especialistas que lo corroboren, claro. Al contrario, yo guardo el recuerdo de una historia que refiriera mi abuela, apasionada por los cuentos de indios, esos relatos forjados al calor de la curiosidad, en la clandestinidad de las voces anónimas, el transitar de boca en boca.

Hace casi dos siglos el verde del llano se mezcló con la sangre de los minuanes. La pureza de los campos fue protagonista del exterminio y la brutalidad. Vio a los pobladores luchar con lanzas

que no alcanzaban en cantidad, en furia o fortaleza a las armas de los recién llegados.

Dicen que, luego de la matanza, los españoles solo dejaron siete indias prisioneras: Azaí, Guidaí, Bzilu, Guyua, Itaná, Guariá y Lloy. No fue suficiente con la destrucción del pueblo. Su deseo de sometimiento se desplegó también sobre las mujeres, confundiendo sus cuerpos con la tierra, convirtiéndolos en un mismo territorio de dominación.

Pero las indias eran fuertes y se rebelaron ante el enemigo. Encendieron en ellas el fuego de liberación. Las mujeres, por ser mujeres, no participaban de las enseñanzas y consejos de los brujos, pero escuchaban, siempre estaban alertas. Aprendían en silencio, en compañía unas de las otras. Y fue allí, en el momento último, cuando recordaron los rituales para la invocación de los espíritus protectores.

Ahí mismo los extranjeros conocieron la potencia de la naturaleza. Las siete indias, como terremotos, abrieron la tierra y una a una se transformaron en parte de ella. Rompieron la llanura y se levantaron frente al pánico y desasosiego de sus adversarios.

Tal vez los eventos del cerro no sean más que la ira embravecida de Azaí, Guariá o Itaná por la degradación de estas tierras, de sus cuerpos con sangre indígena. Tal vez solo se manifiestan para recordarnos que son ellas las siete colinas y que pisamos un suelo que no nos pertenece.

Miranda

*Primer premio | Docentes
Autor: Andrea Maricel Trucco
Esc. Secundaria Nº 11 Valentina Páez
Departamento Victoria*

Este libro se terminó de imprimir en los talleres
gráficos de la Imprenta Oficial de Entre Ríos

Diciembre 2019

Tirada: 350 ejemplares

ISBN 978-987-26120-4-7

